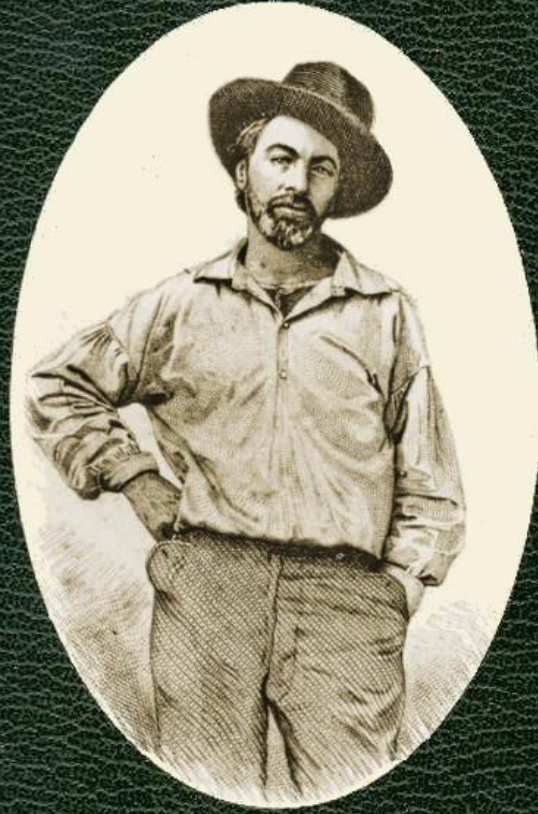


Martin Hillman



Hojas de Hierba

se

En 1855, Whitman publicó la primera de las innumerables ediciones de *Hojas de hierba*, un libro de poemas cuya principal novedad era un tipo de versificación no usado hasta entonces, y que se alejaba radicalmente del que el poeta había utilizado en los poemas sentimentales que escribió en la década anterior. Puesto que en esta obra alababa el cuerpo humano y glorificaba los gozos de los sentidos, se vio obligado a sufragar él mismo los gastos de su publicación, y a colaborar en las tareas de imprenta. Su nombre no aparecía en la portada de esta edición, pero sí un retrato suyo en camiseta, con los brazos en jarras y el sombrero ladeado, en actitud desafiante. En un largo prefacio, el autor saludaba el advenimiento de una nueva literatura democrática —acorde con el pueblo—, sencilla e irreductible, escrita por un nuevo tipo de poeta afectuoso, potente y heroico, que conduciría a los lectores a través de la poesía con la fuerza de su magnética personalidad.

Walt Whitman

Hojas de hierba

Título original: *Leaves of Grass*

Walt Whitman, 1855

Traducción: Jorge Luis Borges, 1972

Diseño de portada: Redna G.

Editor digital: Arnaut



Hojas
de
Hierba

Brooklyn, New York; 1855

Barcelona; 1991

Walt Whitman

Selección, traducción y prólogo de Jorge Luis Borges

sobre la versión definitiva de *Hojas de hierba*,

editada por Harold W. Blodgett y Sculley Bradley,

Nueva York 1965

PRÓLOGO

Quienes pasan del deslumbramiento y del vértigo de *Hojas de hierba* a la laboriosa lectura de las piadosas biografías del escritor, se sienten siempre defraudados. En las grisáceas y mediocres páginas que he mencionado, buscan al vagabundo semidivino que les revelaron los versos y les asombra no encontrarlo. Tal, por lo menos, ha sido mi experiencia personal y la de todos mis amigos. Uno de los propósitos de este prólogo es explicar, o intentar una explicación, de esa desconcertante discordia.

Dos libros memorables aparecieron en Nueva York el año 1855, ambos de índole experimental, ambos muy distintos. El primero, inmediatamente famoso y ahora relegado a las antologías escolares o a la curiosidad de los eruditos y de los niños, fue el *Hiawatha* de Longfellow. Este quiso donar a los pieles rojas que habían habitado New England una epopeya profética y mitológica en lengua inglesa. En pos de un metro que no recordara los habituales y que pudiera parecer aborigen, recurrió al *Kalevala* finlandés que había forjado —o reconstruido— Elías Lönnrot. El otro libro, entonces ignorado y ahora inmortalizado, fue *Hojas de hierba*.

He escrito que los dos eran distintos. Innegablemente lo son. *Hiawatha* es la obra meditada de un buen poeta que ha explorado las bibliotecas y que no carece de imaginación y de oído; *Hojas de hierba*, la inaudita revelación de un hombre de genio. Las diferencias son tan notorias que resulta increíble que ambos volúmenes fueran contemporáneos. Un hecho, sin embargo, los une: los dos son epopeyas americanas.

América era entonces el símbolo famoso de un ideal, ahora un tanto gastado por el abuso de las urnas electorales y por los elocuentes excesos de la retórica, aunque millones de hombres le hayan dado, y sigan dándole, su sangre. El orbe entero tenía puestos los ojos en América y en su «atlética democracia». Entre los testimonios innumerables, básteme ahora recordar al lector uno de los epígrafes de Goethe (*Amerika, du hast es besser...*). Bajo el influjo de Emerson, que de algún modo siempre fue su maestro, Whitman se impuso la escritura de una epopeya de ese acontecimiento histórico nuevo: la democracia americana. No olvidemos que la primera de las revoluciones de nuestro tiempo, la que inspiró la revolución francesa y las nuestras, fue la de América y que la democracia fue su doctrina.

¡Cómo cantar de un modo condigno esa nueva fe de los hombres! Había una respuesta evidente; la que hubiera elegido, tentado por las facilidades de la retórica o por la mera inercia, casi cualquier otro escritor. Urdir laboriosamente una oda o tal vez una alegoría, no desprovista de interjecciones vocativas y de letras mayúsculas. Whitman, felizmente, la rechazó.

Pensó que la democracia era un hecho nuevo y que su exaltación requería un procedimiento no menos nuevo.

He hablado de epopeya. En cada uno de los modelos ilustres que el joven Whitman conocía y que llamó feudales, hay un personaje central —Aquiles, Ulises, Eneas, Rolando, El Cid, Sigfrido, Cristo— cuya estatura resulta superior a la de los otros, que están supeditados a él. Esta primacía, se dijo Whitman, corresponde a un mundo abolido o que aspiramos a abolir, el de la aristocracia. Mi epopeya no puede ser así; tiene que ser plural, tiene que declarar o presuponer la incomparable y absoluta igualdad de todos los hombres. Semejante necesidad parece conducir fatalmente a un mero fárrago de la acumulación y del caos; Whitman, que era un hombre de genio, sorteó prodigiosamente ese riesgo. Ejecutó con felicidad el experimento más audaz y más vasto que la historia de la literatura registra.

Hablar de experimentos literarios es hablar de ejercicios que han fracasado de una manera más o menos brillante, como las *Soledades* de Góngora o la obra de Joyce. El experimento de Whitman salió tan bien que propendemos a olvidar que fue un experimento.

En algún verso de su libro, Whitman recuerda telas medievales con muchos personajes, algunos aureolados y preeminentes, y declara que se propone pintar una tela infinita, poblada de infinitos personajes, todos con sus aureolas. ¿Cómo ejecutar semejante hazaña? Whitman, increíblemente, lo hizo.

Necesitaba, como Byron, un héroe, pero el suyo, símbolo de la populosa democracia, tenía que ser innumerable y ubicuo, como el disperso dios de los panteístas. Elaboró una extraña criatura que no hemos acabado de entender y le dio el nombre de Walt Whitman. Esa criatura es de naturaleza biforme; es el modesto periodista Walter Whitman, oriundo de Long Island, que algún amigo apresurado saludaría en las aceras de Manhattan, y es, asimismo, el otro que el primero quería ser y no fue, un hombre de aventura y de amor, indolente, animoso, despreocupado, recorredor de América. Así, en alguna página de la obra, Whitman nace en Long Island; en otras en el Sur. Así, en una de las piezas más auténticas del *Canto de mí mismo*, refiere un episodio heroico de la guerra de México y dice haberlo oído contar

en Texas, donde no estuvo nunca. Así, declara haber sido testigo de la ejecución del abolicionista John Brown. Los ejemplos podrían multiplicarse abrumadoramente; casi no hay página en que no se confundan el Whitman de su mera biografía y el Whitman que anhelaba ser y que ahora es, en la imaginación y en el afecto de las generaciones humanas.

Whitman ya era plural; el autor resolvió que fuera infinito. Hizo del héroe de *Hojas de hierba* una trinidad; le sumó un tercer personaje, el lector, el cambiante y sucesivo lector. Este ha tendido siempre a identificarse con el protagonista de la obra; leer *Macbeth* es de algún modo ser . Macbeth. Walt Whitman, que sepamos, fue el primero en aprovechar hasta el fin, hasta el interminable y complejo fin, esa identificación momentánea. Al principio recurrió al diálogo; el lector conversa con el poeta y le pregunta qué oye y qué ve o le confía la tristeza que siente por no haberlo conocido y querido. Whitman responde a sus preguntas:

«Veo al gaucho que cruza la llanura, veo al incomparable jinete de caballos con el lazo en la mano, veo sobre las pampas la persecución de la hacienda brava.»

Y también:

«Estos son en verdad los pensamientos de todos los hombres en todas las épocas y países; no son originales míos.

Si no son tan tuyos como míos, son nada o casi nada,

Si no son el enigma y la solución del enigma, son nada,

Si no son tan cercanos como lejanos, son nada.

Esta es la hierba que crece donde hay tierra y hay agua,

Este es el aire común que baña el planeta».

Innumerables son los que han imitado, con éxito diverso, la entonación de Whitman: Sandbourg, Lee Masters, Maiakovski, Neruda... Nadie, salvo el autor del inextricable y ciertamente ilegible *Finnegans Wake*, ha vuelto a acometer la creación de un personaje múltiple. Whitman, insisto, es el modesto hombre que fue desde 1819 hasta 1892 y el que hubiera querido ser y no acabó de ser y también cada uno de nosotros y de quienes poblarán el planeta.

Mi conjetura de un triple Whitman, héroe de su epopeya, no se propone insensatamente anular, o de algún modo disminuir, lo prodigioso de sus páginas. Antes bien, se propone su exaltación. Tramar un personaje doble y triple y a la larga infinito, pudo haber sido la ambición de un hombre de letras meramente ingenioso; llevar a feliz término ese propósito es la proeza no igualada de Whitman. En una polémica de café sobre la genealogía del arte, sobre los diversos influjos de la educación, de la raza y del medio ambiente, el pintor Whistler se limitó a decir: *Art happens* (El arte sucede), lo cual equivale a admitir que el hecho estético es, por esencia, inexplicable. Así lo comprendieron los hebreos, que hablaban del Espíritu; así los griegos, que invocaban la musa.

En cuanto a mi traducción... Paul Valéry ha dejado escrito que nadie como el ejecutor de una obra conoce a fondo sus deficiencias; pese a la superstición comercial de que el traductor más reciente siempre ha dejado muy atrás a sus ineptos predecesores, no me atreveré a declarar que mi traducción aventaje a las otras. No las he descuidado, por lo demás; he consultado con provecho la de Francisco Alexander (Quito, 1956), que sigue pareciéndome la mejor, aunque suele incurrir en excesos de literalidad, que podemos atribuir a la reverencia o tal vez a un abuso del diccionario inglés-español.

El idioma de Whitman es un idioma contemporáneo; centenares de años pasarán antes que sea una lengua muerta. Entonces podremos traducirlo y recrearlo con plena libertad, como Jáuregui lo hizo con la *Farsalia*, o Chapman, Pop y Lawrence con la *Odisea*. Mientras tanto, no entreveo otra posibilidad que la de una versión como la mía, que oscila entre la interpretación personal y el rigor resignado.

Un hecho me conforta. Recuerdo haber asistido hace muchos años a una

representación de *Macbeth*; la traducción era no menos deleznable que los actores y que el pintarrajeado escenario, pero salí a la calle deshecho de pasión trágica. Shakespeare se había abierto camino; Whitman también lo hará.

JORGE LUIS BORGES

Buenos Aires, 19 de junio de 1969.

AL PARTIR DE PAUMANOK

Saliendo de Paumanok, la isla en forma de pez donde nací,

Bien engendrado y criado por una madre perfecta,

Después de andar por muchas tierras, amante de populosas aceras,
Habitante de Mannahattan, mi ciudad, o de las sabanas del sur,

O soldado en el campamento, llevando la mochila y el fusil, o minero en
California,

O agreste en mi casa de los bosques de Dakota, mi comida la carne, mi bebida
el agua del manantial,

O apartado para reflexionar y meditar en algún profundo retiro, Lejos del
rumor de la multitud, arrebatado y feliz,

Consciente del Missouri que fluye, de su fresca y generosa corriente,
consciente del poderoso Niágara,

Consciente de las manadas de búfalos que pacen en la llanura, del hirsuto
toro de fuerte pecho,

De la tierra, rocas, flores de mayo conocidas, estrellas, lluvias, nieve, mi
asombro,

Habiendo estudiado las notas del sinsonte y el vuelo del halcón de la
montaña,

Y escuchado en el alba al incomparable, al tordo, entre los cedros de la
ciénaga,

Solitario, cantando en el Oeste, anuncio un Mundo Nuevo.

CANTO DE MI MISMO

Yo me celebro y yo me canto,

Y todo cuanto es mío también es tuyo,

Porque no hay un átomo de mi cuerpo que no te pertenezca.

Indolente y ocioso convidado a mi alma,

Me dejo estar y miro un tallo de hierba de verano.

Mi lengua, cada átomo de mi sangre, hechos con esta tierra, con este aire,

Nacido aquí, de padres cuyos padres nacieron aquí, lo mismo que sus
padres,

Yo ahora, a los treinta y siete años de mi edad y con salud perfecta, comienzo,

Y espero no cesar hasta mi muerte.

Me aparto de las escuelas y de las sectas, las dejo atrás; me sirvieron, no las olvido;

Soy puerto para el bien y para el mal, hablo sin cuidarme de riesgos,

Naturaleza sin freno con elemental energía.

2

Las casas y las habitaciones están llenas de fragancia, los armarios cargados de fragancia,

Yo aspiro la fragancia, la reconozco y me gusta,

El aroma me embriagaría, pero no lo permitiré.

El aire no es un aroma, no huele a nada.

Desde el principio ha sido destinado para mi boca, estoy enamorado de él.

Iré a la ribera junto al bosque, me quitaré el disfraz y quedaré desnudo,

Me enloquece el deseo de que el aire toque todo mi cuerpo.

El vaho de mi aliento,

Ecos, ondulaciones, roncros susurros, raíz de amaranto, hilo de seda, horca y vid.

Mi aspiración y mi espiración, el latido de mi pecho, el paso de la sangre y del aire por mis pulmones,

El olor de las hojas verdes y de las hojas secas, y de la ribera y de oscuras rocas marinas, y del heno del granero,

El áspero sonido de las palabras en mi boca que se pierden en los remolinos del viento,

Un beso fugaz, un abrazo, los pechos que se buscan,

El juego de luz y de sombra sobre los árboles y el movimiento de la rama flexible,

El goce de estar solo o en la agitación de las calles, o por los campos o en la ladera de las colinas,

La sensación de la salud, la plenitud del medio día, mi canto al levantarme de la cama y saludar al sol.

¿Has creído que mil hectáreas son muchas? ¿Has creído que la tierra es mucha?

¿Te ha costado tanto aprender a leer?

¿Te enorgullece comprender el sentido de los poemas?

Quédate conmigo este día y esta noche y serás dueño del origen de todos los poemas,

Serás dueño de los bienes de la tierra y del sol (aún quedan millones de soles),

Ya no recibirás de segunda o de tercera mano las cosas, ni mirarás por los ojos de los muertos, ni te alimentarás de los espectros de los libros,

Tampoco mirarás por mis ojos, ni aceptarás lo que te digo,

Oirás lo que te llega de todos lados y lo tamizarás.

He oído lo que hablaban los habladores, la fábula del principio y del fin,

Pero yo no hablo ni del principio ni del fin.

Nunca hubo más principio que ahora,

Ni más juventud ni vejez que ahora,

Ni habrá más perfección que ahora,

Ni más infierno ni cielo que ahora.

Impulso, impulso, impulso,

Siempre el impulso, generador del mundo.

De la penumbra surgen iguales elementos contrarios, siempre la sustancia y el crecimiento, siempre el sexo,

Siempre un tejido de identidades, siempre lo diferente, siempre la vida que se engendra.

De nada sirve elaborar; los doctos y los ignorantes lo saben.

Seguros como la certidumbre más firme, seguros y afianzados, inmovibles, cimentados y estables,

Fuertes como un caballo, afectuosos, soberbios, eléctricos,

Yo y este misterio nos enfrentamos aquí.

Dulce y límpida mi alma, límpido y dulce todo lo que no es mi alma.

Si falta uno de los dos, los dos faltan, y lo invisible se prueba por lo visible,

Hasta que éste se haga invisible y requiera prueba a su vez.

Mostrando lo mejor y separándolo de lo peor, una edad humilla a la otra,

Conociendo la perfecta justeza y ecuanimidad de las cosas, guardo silencio cuando los otros discuten, y después me baño y me admiro.

Bienvenido cada órgano de mi cuerpo y cada tributo, y los de cualquier hombre sano y limpio,

Ni una pulgada, ni una partícula de pulgada es vil, y ninguna debe ser menos querida que las otras.

Estoy satisfecho, veo, bailo, me río y canto;

Cuando la compañera amorosa que comparte mi lecho duerme a mi lado y se retira al amanecer con pasos furtivos,

Dejándome canastas cubiertas con lienzos blancos que llenan de abundancia la casa,

¿Habré de diferir mi aceptación y mi realización y pediré a mis ojos que dejen de mirar por el camino,

Y que me muestren de un modo riguroso,

El valor exacto de uno y el valor exacto de otro, y cuál de los dos vale más?

Preguntones y ociosos me rodean,

La gente que encuentro, el efecto que mi infancia ha dejado en mí, o el barrio o el país,

Los últimos aniversarios, descubrimientos, inventos, sociedades, autores antiguos y modernos,

Mi cena, ropa, compañeros, aspectos, cumplidos deberes La verdadera o imaginada indiferencia de alguien que quiero,

La enfermedad de uno de mis parientes, o de mí mismo, la falsía o la falta o pérdida de dinero, o el abatimiento, o la exaltación,

Las batallas, el horror de la guerra fratricida, la fiebre de noticias inciertas, los acontecimientos azarosos;

Estas cosas me llegan día y noche, y después me dejan,

Pero no son mi YO.

Lejos de la contienda y de sus clamores, perdura lo que soy, Interesado, complaciente, piadoso, ocioso, unitario,

Me inclino, me yergo o apoyo los brazos sobre una base impalpable y segura,

O miro con la cabeza inclinada a un lado, curioso de lo que va a ocurrir,

Espectador y jugador a la vez, mirando y asombrándome.

Miro hacia atrás y veo los días en que me ahogaba en la neblina entre los combatientes y los retóricos,

En mí no hay burlas ni razones, miro y espero.

5

Creo en ti, mi alma, el otro que soy no se rebajará ante ti,

Y tú no te rebajarás ante él.

Tiéndete en el pasto conmigo, desembaraza tu garganta,

No son palabras, ni música, ni versos lo que preciso, ni hábitos, ni discursos ni aun los mejores,

Sólo quiero el arrullo, el susurro de tu voz suave.

Recuerdo cómo nos acostamos una mañana transparente de estío,

Cómo apoyaste la cabeza sobre mis caderas y la volviste a mí dulcemente,

Y abriste mi camisa sobre el pecho y hundiste tu lengua hasta tocar mi corazón desnudo,

Y te estiraste hasta tocarme la barba, y luego hasta tocarme los pies.

Velozmente se irguieron y me rodearon el conocimiento y la paz que trascienden todas las discusiones de la tierra,

Y desde entonces sé que la mano de Dios ha sido prometida a la mía,

Y sé que el espíritu de Dios es hermano del mío,

Y que todos los hombres que han nacido son mis hermanos, y las mujeres mis hermanas y mis amantes,

Y que el sostén de la creación es el amor,

Y que son innumerables las hojas rígidas o que se curvan en los campos,

Y las negras hormigas en las grietas bajo las hojas,

Y las mohosas costras del seto, las piedras hacinadas, el saúco, la candelaria y la cizaña.

6

Un niño me preguntó: ¿Qué es la hierba?, trayéndola a manos llenas,

¿Cómo podría contestarle? Yo tampoco lo sé.

Sospecho que es la bandera de mi carácter tejida con esperanzada tela verde.

O el pañuelo de Dios,

Una prenda fragante dejada caer a propósito,

Con el nombre del dueño en alguna punta, para que lo veamos y lo notemos

y nos preguntemos, ¿de quién?

O sospecho que la hierba misma es un niño, el recién nacido de la tierra.

O un jeroglífico uniforme,

Que significa: crezco por igual en las regiones vastas y en las estrechas,

Crezco por igual entre los negros y los blancos,

Canadiense, piel roja, senador, inmigrante, a todos me entrego y a todos los recibo.

Y ahora se me figura que es la cabellera suelta y hermosa de las tumbas.

Te usaré con ternura, hierba curva.

Acaso hayas brotado del pecho de los jóvenes,

Acaso, si estuvieran aquí, yo los amaría,

Acaso hayas brotado de los ancianos, o de niños arrancados del regazo de la

madre,

Y ahora eres el regazo de la madre.

Esta hierba es demasiado oscura para haber brotado de los cabellos blancos de las madres ancianas,

Más oscura que las descoloridas barbas de los ancianos,

Demasiado oscura para haber brotado de sus pálidos paladares.

¡Ah! Percibo al fin otras tantas lenguas que hablan,

Y comprendo que no han nacido en vano de esos paladares y de esas bocas.

Querría traducir las insinuaciones sobre los muchachos y las muchachas muertas,

Y las insinuaciones sobre los ancianos y las madres y de los niños arrebatados de sus regazos.

¿Qué piensas que ha sido de los jóvenes y de los ancianos?

¿Qué piensas que ha sido de las mujeres y de los niños?

Están sanos y buenos en algún lado,

El retoño más débil prueba que no existe la muerte,

Y que si alguna vez existió lo hizo para impulsar la vida, y no espera que lo destruya el fin,

Y no ha cesado en el momento que surgió la vida.

Todo progresa y se dilata, nada se viene abajo,

Y morir es algo distinto de lo que muchos supusieron, y de mejor augurio.

7

¿Ha pensado alguien que es afortunado nacer?

Me apresuro a informarle que no es menos afortunado morir, y sé lo que digo.

Muero con los que mueren y nazco con el recién nacido que acaban de lavar,

Y mi sombrero y mis zapatos no son mis límites,

Y examino objetos diversos, no hay dos que sean iguales, todos son buenos.

Buena la tierra y buenas las estrellas y bueno cuanto les pertenece.

No soy la tierra ni lo que pertenece a la tierra,

Soy el consorte y camarada de las personas no menos inmortales y no menos insondables que yo,

(No saben lo inmortales que son, pero yo lo sé).

Cada especie para lo suyo, y para mí la mía, varón y mujer,

Para mí, quienes han sido muchachos y aman a las mujeres,

Para mí, el hombre que tiene orgullo y sabe lo que duele no ser querido,

Para mí, la novia y la solterona, para mí, la madre y la madre de madres,

Para mí, los labios que han sonreído, los ojos que han derramado lágrimas,

Para mí, los niños y los engendrados de niños.

¡Desnúdate! No eres culpable ante mí, ni usado ni inservible,

Veo a través de la seda y el percal, aunque no lo quieras,

Y soy cabal, tenaz, codicioso, incansable, y no podrás librarte de mí.

8

El pequeño duerme en la cuna,

Levanto la gasa y largamente lo miro, y sin ruido espanto las moscas con la mano.

El muchacho y la muchacha de cara colorada se desvían al subir la frondosa colina,

Los observo desde la cumbre sin que me vean.

El suicida está tendido en el ensangrentado piso del dormitorio,

Veo el cadáver y la cabellera sucia de sangre, y sé dónde la pistola ha caído.

La charla de las aceras, las llantas de los carros, el lodo de las suelas, la conversación de los transeúntes,

El pesado ómnibus, el cochero con interrogante pulgar, las herraduras que resuenan en el pavimento de piedra,

El retintín de los trineos, las estridentes pullas, el golpe de las bolas de nieve,

Los hurras a los héroes populares, el furor de las turbas,

El golpe de las cortinas de las angarillas, el enfermo que llevan al hospital,

El encuentro de los enemigos, la brusca injuria, el golpe y la caída,

El gentío excitado, el policía con su estrella abriéndose paso hasta el centro,

Las rocas impasibles que reciben y devuelven tantos ecos,

Los gemidos de los ahítos o de los hambrientos que sufren un ataque o caen insolados,

Las quejas de las mujeres con los dolores del parto que corren a parir en las casas,

Las palabras vivientes y enterradas que aquí siguen vibrando, el grito reprimido por el recato,

El arresto de los criminales, el desaire, las propuestas de adulterio, la aceptación, el rechazo con los labios crispados;

Considero esas cosas, o su apariencia, o su resonancia —llego y me alejo.

Los portones del granero están abiertos de par en par,

El pasto seco de la cosecha carga el pesado carro,

La clara luz juega sobre los vaivenes del verde, del pardo y del gris,

Las brazadas colman el granero repleto.

Estoy ahí, trabajo, he venido tendido sobre la carga,

He sentido las mansas sacudidas, una pierna sobre la otra,

Salto de las lanzas y tomo a manos llenas el trébol y la alfalfa,

Y doy vueltas de carnero y el pasto se enreda en mi cabello.

10

Solo, salgo a cazar por montañas y soledades,

Mi agilidad y mi alegría me asombran,

Al atardecer busco un lugar seguro para pasar la noche,

Enciendo el fuego y aso la pieza recién matada,

Duermo con mi perro y mi escopeta sobre las hojas desparramadas.

El clíper yanqui, desplegadas las velas, corta la marejada y la espuma.

Mis ojos se posan en la costa, me inclino sobre la borda o grito alegremente desde la cubierta.

Los boteros y los pescadores de almejas madrugaron y me esperaron,

Metí los bordes del pantalón en las botas, fui con ellos y pasé un buen rato;

Ojalá hubieras estado con nosotros aquel día, frente a la caldera de almejas ,

A la intemperie, en el lejano oeste, asistí a la boda del armador de trampas, la novia era una muchacha piel roja,

El padre y los amigos estaban con las piernas cruzadas,

silenciosamente fumando; llevaban mocasines y espesas mantas cubrían sus hombros,

El armador descansaba en un declive, vestido casi enteramente de pieles, la barba entera y la melena le cubrían el cuello, tomó la novia de la mano;

Ella tenía largas pestañas, llevaba la cabeza desnuda, sus crenchas lacias y ásperas bajaban por sus muslos voluptuosos y llegaban hasta los pies.

El esclavo prófugo llegó a mi casa y se detuvo afuera,

Oí cómo a su paso crujían las ramitas de la leña seca.

Por la puerta entornada de la cocina lo vi cojear agotado,

Se sentó sobre un tronco, me acerqué, lo hice entrar en la casa y le mostré confianza,

Y traje agua y llené una tina para refrescar su cuerpo sudoroso y sus pies lastimados.

Y le di un cuarto contiguo al mío y ropa basta y limpia,

Y me acuerdo perfectamente bien de su torpeza y de la inquietud de sus ojos,

Y de haberle curado con emplastos las mataduras del cuello y de los tobillos;

Pasó conmigo una semana hasta recuperarse y seguir al norte,

Yo lo sentaba a mi lado en la mesa, y mi fusil descansaba en el rincón.

11

Veintiocho muchachos bañándose en la orilla,

Veintiocho muchachos tan llenos de vida,

Veintiocho años de vida de mujer y tan solitarios.

Es dueña de la linda casa de la barranca,

Se oculta hermosa y bien vestida tras el postigo de la ventana.

¿Cuál de los muchachos le gusta más?

¡El menos agraciado es para ella hermoso!

¿Adónde va usted, señora? Porque la he visto,

Juega usted en el agua y, sin embargo, permanece en la casa.

Bailando y riendo viene una mujer por la orilla,

Los hombres no la ven, pero ella los ve y los ama.

El agua brilla en la barba de los muchachos,

Se escurre por sus largos cabellos,

Leves arroyos corren por sus cuerpos.

Una invisible mano también acaricia sus carnes,

Desciende trémula por las sienes y por los pechos.

Los muchachos nadan de espaldas, sus blancos vientres se curvan al sol, no se preguntan quién se une a ellos.

No saben quién jadea y se hunde con la espalda curvada,

No saben a quién están salpicando con la espuma del agua.

12

El muchacho del carnicero se quita los avías de matar, o afila el cuchillo en la tabla del mercado,

Me distraen sus zafaduras y sus pasos de baile.

Herreros de tiznados y velludos pechos rodean el yunque,

Cada uno tiene su martillo, todos trabajan, hace mucho calor en la fragua.

Desde el ceniciento umbral sigo sus movimientos,

El vaivén de sus talles armoniza con el de sus fornidos brazos,

En lo alto se balancean los martillos, lentos y firmes,

No se apresuran, cada uno golpea a su turno.

13

El negro sujeta con firmeza las riendas de sus cuatro caballos y el tirante cuelga de la cadena,

Firme y alto guía el carro de la cantera y se sostiene con un pie en el estribo,

Su camisa azul descubre el amplio cuello y el pecho y cae sobre el cinturón,

Su mirada es tranquila e imperiosa, se echa para atrás el chambergo y descubre la frente,

El sol da en su bigote y en su pelo ensortijado, y en la negrura de sus miembros pulidos y perfectos.

Miro a este gigante pintoresco y lo quiero, y no me detengo ahí,

Voy con los caballos también.

Hay en mí alguien que acaricia la vida dondequiera que esté; miro hacia atrás y hacia adelante,

Me inclino ante los nichos olvidados y ante mis inferiores sin omitir a persona u objeto alguno,

Absorbiendo todo para mí y para este canto.

Bueyes que agitáis el yugo y la cadena o estáis inmóviles bajo la sombra de las hojas, ¿Qué expresan vuestros ojos?

Expresan más que todos los libros que he leído en mi vida.

En esas largas caminatas que duran todo el día mis pasos espantan a los patos y a los gansos,

Se echan a volar y describen ociosos círculos.

Creo en sus alados propósitos

Y reconozco en mí el rojo, el amarillo y el blanco,

Y pienso que el verde y el morado y el penacho son intencionales,

Y no llamo indigna a la tortuga porque no es otra cosa,

Y el grajo del monte que no ha estudiado nunca la escala, canta bastante bien para mí,

Y la mirada de la yegua baya hace que me avergüence de mi simpleza.

14

En la noche fría el pato silvestre guía su bandada,

Grazna «Ya-Honk», y es como una invitación desde lo alto,

Los necios piensan que no tiene sentido, pero oyéndolo bien,

Sé que tiene su propósito y su lugar en el cielo de invierno.

El ciervo salvaje del norte, de agudos cascos, el gato al borde de la ventana, el perro de la pradera,

La lechigada que se prende de la marrana que gruñe,

La cría de la pava y la pava con las alas abiertas,

Reconozco en ellos y en mí la misma ley.

La presión de mi pie sobre la tierra despierta cien afectos

Que se burlan de cuanto puedo hacer para unirlos.

Estoy enamorado de cuanto crece al aire libre,

De los hombres que viven junto al ganado o sienten el sabor del océano y de los bosques,

De quienes arman o conducen los barcos, de quienes manejan las hachas o guían los caballos,

Puedo dormir y comer con ellos semana tras semana.

Lo más común, lo más barato, lo más cercano, lo más fácil, eso soy YO.

Confío en el azar, lo derrocho a la espera de infinitas ganancias,

Adornándome para entregarme al primero que pase,

No exigiendo del cielo que descienda a Mí cuando quiero,

Desparramando todo porque si para siempre.

15

La clara contralto canta en la galería del órgano,

El carpintero cepilla la tabla, la lengua del cepillo silba con seseo impetuoso,

Los hijos casados y los solteros se encaminan a la cena de Acción de Gracias,

El piloto empuña el timón y lo vira con fuerte brazo,

El arponero se apresta en la ballenera, la lanza y el arpón están listos,

El cazador de patos avanza cauteloso y a grandes pasos,

Con las manos juntas los diáconos reciben la ordenación ante el altar,

La joven hilandera retrocede y avanza al ritmo de la rueda,

El labrador se detiene ante el cerco en un domingo de ocio, para mirar su campo de avena y de cebada,

Al loco lo llevan por fin al asilo, no tiene cura,

(No volverá a dormir en la hamaca del cuarto de su madre);

El canoso tipógrafo de saliente mentón trabaja ante su caja,

Desmenuza entre los dedos el tabaco de mascar y sus ojos descifran el manuscrito;

A los deformados miembros los atan a la mesa de operaciones,

Lo que se corta cae de manera horrible en un balde;

A la muchacha cuarterona la venden en pública subasta, el borracho cabecea
junto a la estufa de la taberna,

El maquinista se arremanga los puños de la camisa, el policía ronda la calle,
el sereno observa a los que pasan,

El joven conduce el tren expreso, (lo quiero aunque no lo conozca),

El mestizo se ajusta las botas para participar en la carrera,

En el oeste, la cacería de pavos reúne a jóvenes y a viejos, unos se apoyan en
los rifles, otros están sentados en los troncos,

El tirador sale del gentío, toma su puesto y apunta;

El grupo de inmigrantes recién llegados cubre el muelle,

Los motudos carpen el cañaveral y el capataz los vigila desde el caballo,

La trompeta resuena en la sala de baile, los caballeros buscan sus parejas, los
que bailarían se saludan,

El muchacho despierto en la bohardilla escucha la música de la lluvia,

El cazador pone su trampa en un afluente del Hurón,

La india, envuelta en su manta de bordes amarillos, ofrece en venta mocasines y bolsones de cuentas,

El entendido, ladeada la cabeza y semi-cerrados los ojos, mira los cuadros,

Desde la cubierta los marineros amarran el barco, se tiende la planchada para los pasajeros que desembarcan,

La hermana menor sostiene la madeja y la mayor devana el hilo en un ovillo y desata de vez en cuando los nudos,

La mujer, casada hace un año, se recupera y es feliz con su hijo de siete días,

La muchacha yanqui de pelo rubio trabaja con la máquina de coser ya en el taller, ya en la fábrica,

El obrero empuña la maza con las dos manos, el lápiz del reporter corre sobre las hojas de la libreta, el letrista pinta el anuncio en oro y azul,

El muchacho del canal corre por el remolcador, el tenedor de libros revisa las cuentas, el zapatero encera su hilo,

El director lleva el compás y los ejecutantes lo siguen,

Bautizan al niño, el converso hace su profesión de fe,

La regata abarca la bahía, ya empezó la carrera (¡cómo brillan las blancas velas!)

El boyero cuida la tropa y silba a los que quieren desviarse,

El buhonero suda con la carga en la espalda (el comprador regatea por un centavo);

La novia alisa el vestido blanco, el minuterero avanza lentamente,

El comedor de opio yace con la cabeza rígida y los labios entreabiertos,

La prostituta arrastra su chal, el sombrero se bambolea sobre su cuello vacilante y pecoso,

La gente ríe de sus malas palabras, los hombres se burlan y hacen señas.

(Desdichada, yo no me río de tus malas palabras ni me burlo de ti).

El Presidente celebra consejo y sus ministros lo rodean,

Tres señoras caminan majestuosamente en la plaza dándose el brazo,

La tripulación del barco pesquero apila la carga en la bodega,

El hombre de Missouri cruza el llano con su mercadería y su hacienda,

El obrador recorre el tren anunciado por el tintineo de las monedas,

Los carpinteros ponen los pisos, los plomeros arreglan el tejado, los albañiles piden la mezcla,

Los peones pasan en fila, cada uno con su balde;

Año tras año se suceden las multitudes, es el cuatro de julio (¡qué salvas de artillería y fusilería!);

Año tras año el labrador ara, el segador siega y la semilla cae en el surco;

En los lagos, el pescador de sollos espera y mira el agujero en la superficie del hielo, los troncos rodean el claro del bosque,

El colono da fuertes golpes con el hacha,

Los lancheros amarran en el crepúsculo, cerca de los algodones o de los montes,

Los cazadores de coatíes recorren las riberas del Colorado, o del Tennessee, o del Arkansas,

Brillan antorchas en la sombra que cubre el Chattahoochee o el Altamahaw,

Los Patriarcas cenan entre sus hijos y nietos y bisnietos;

En casas de adobe o en tiendas de lona descansan armadores de trampas y cazadores después de las labores del día;

La ciudad duerme y el campo duerme,

Los vivos cumplen con el sueño, también los muertos;

El viejo marido duerme junto a su mujer y el joven junto a su mujer,

Y todos éstos llegan a mí, y yo llego a ellos,

Y sea bueno o malo ser parte de ellos, parte de ellos yo soy,

Y en todos y en cada uno voy tejiendo el canto a mí mismo.

16

Soy de los viejos y de los jóvenes, de los tontos no menos que de los sabios,

Indiferente a los otros, atento siempre a los otros,

Maternal y paternal, un niño y un hombre,

Henchido de la materia que es basta y henchido de la materia que es fina,

Ciudadano de la Nación de muchas naciones, no menos de las grandes que de las pequeñas,

Hombre del sur y hombre del norte, indolente y hospitalario cultivador, vivo allá por las márgenes del Oconee,

Yanqui que sigo mi camino, listo para el comercio, mis coyunturas las más ágiles y las más resistentes de la tierra,

Hombre de Kentucky recorriendo el valle de Elkhorn con mis calzas de cuero de ciervo, hombre de Louisiana o de Georgia,

Botero de los lagos, de las ensenadas o de las costas, hombre de Indiana, de Wisconsin, de Ohio,

Diestro en el uso de raquetas de nieve del Canadá o errando por la selva o con los pescadores de Terranova,

Acostumbrado a navegar en los botes de hielo y a atracar,

Habituado a las colinas de Vermont, a los bosques de Maine, a las estancias de Texas,

Camarada de californianos, de los hombres libres del noroeste (admiro su vigor),

Camarada de lancheros y carboneros, camarada de todos aquellos que tienden la mano y convidan a comer y a beber,

Aprendiz de los más simples, maestro de los que saben más,

Novicio principiante pero con la experiencia de miles de años,

Soy de todas las razas y de todas las castas, de todos los linajes y de todas las religiones,

Granjero, artesano, artista, caballero, marino, cuáquero,

Presidiario, rufián, pendenciero, abogado, médico y sacerdote.

Todo lo resisto mejor que mi propia diversidad,

Respiro el aire pero siempre queda muchísimo,

Y no soy presumido y me doy mi lugar.

(La crisálida y la hueva se dan su lugar,

Los radiantes soles que veo y los oscuros soles que no veo se dan su lugar,

Lo palpable se da su lugar y también lo impalpable).

Estos son en verdad los pensamientos de todos los hombres en todas las épocas y países: no son originales míos,

Si no son tan tuyos como míos, son nada o casi nada,

Si no son el enigma y la solución del enigma, son nada,

Si no son tan cercanos como lejanos, son nada.

Esta es la hierba que crece donde hay tierra y hay agua,

Este es el aire común que baña el planeta.

18

Con música estridente vengo, con mis cornetas y tambores,

No sólo ejecuto marchas para las seguras victorias, ejecuto marchas para los vencidos y los muertos.

¿Has oído que está bien ganar la batalla?

Yo afirmo que perderla está bien, las batallas se pierden con el mismo coraje con que se ganan.

Yo doblo y redoblo para los muertos,

Suenan mis clarines por ellos con el regocijo mayor de que soy capaz.

¡Vivas a los vencidos,

Y a aquéllos cuyas naves de guerra se hundieron en el mar,

Y a aquéllos que se hundieron en el mar,

Y a todos los generales que han sido derrotados, y a todos los héroes vencidos,

Y a los innumerables héroes desconocidos, iguales a los más famosos!

Esta es la mesa puesta para todos, ésta es la carne para el hombre natural;

Es para el malvado no menos que para el justo, a todos he invitado,

No permitiré que una sola persona sea desairada o excluida,

La mantenida, el parásito, el ladrón, están aquí invitados.

El esclavo de labios gruesos está invitado, el enfermo venéreo está invitado,

No se hará la menor diferencia entre ellos y los otros.

Este es el roce de una mano esquivada, ésta es la impresión y el olor del pelo,

Este es el contacto de mis labios y de los tuyos, éste el murmullo del anhelo,

Esta es la remota profundidad y la altura reflejando mi cara,

Esta es la voluntaria fusión de mi ser y otra vez la salida.

¿Sospechas en mí un propósito oculto?

Sí, lo tengo, porque lo tienen los aguaceros de abril, y la mica de las rocas lo tiene.

¿Crees que quiero asombrar?

¿Asombra, acaso el día? ¿Asombra, acaso, el pájaro que canta temprano en el bosque?

¿Asombro yo más que ellos?

Ahora estoy hablando en la intimidad,

No diría estas cosas a los otros, pero a ti te las digo.

¿Quién anda por ahí ansioso, tosco, místico, desnudo?

¿Cómo saco fuerza de la carne que como?

¿Qué es, al fin de cuentas, un hombre? ¿Qué soy yo? ¿Tú qué eres?

Todo lo que señalo como mío tú lo igualarás con lo tuyo,

Si no escucharme sería perder tu tiempo.

Yo no lloriqueo con los que lloriquean en todo el mundo,

Porque los meses son vacíos y la tierra ciénaga y fango.

Gimoteando y arrastrándose, sobrecitos de polvos para inválidos, la resignación se aleja a largos pasos,

Yo llevo mi sombrero a mi antojo en casa o en la calle.

Por qué voy a rezar? ¿Por qué voy a venerar y reverenciar?

Después de haber examinado y analizado los más hondos estratos, después de haber consultado a los doctos y calculado minuciosamente,

No encuentro grasa más gustosa que la que rodea mis huesos.

En todos los hombres me veo, ninguno es más ni menos que yo,

Y lo bueno y lo malo que digo de mí, lo digo de los otros.

Sé que soy sólido y soy fuerte,

Hacia mí convergen sin fin las incesantes cosas del universo,

Todas me escriben y debo descifrar esas escrituras.

Sé que soy inmortal,

Sé que mi órbita no puede ser medida por el compás del carpintero,

Sé que no me perderé como la espiral que en la oscuridad traza un niño con un palo encendido.

Sé que soy agosto,

No me importa justificarme o ser comprendido,

Veo que las leyes elementales nunca piden disculpas.

(Creo no ser más vanidoso que la escuadra con la que construyo mi casa).

Existo como soy; eso basta,

Si nadie en el mundo lo sabe, estoy satisfecho,

Si todos y cada uno lo saben, estoy satisfecho.

Un mundo lo sabe y es el mayor de todos para mí, y ese mundo soy yo,

Y si entro en posesión de lo que es mío hoy o dentro de diez millones de años,

Mi da lo mismo ahora, y me da lo mismo esperar.

La base en que se apoya mi pie es de firme granito,

Me río de lo que llamas disolución,

Y conozco la amplitud del tiempo.

21

Soy el poeta del Cuerpo y soy el poeta del Alma,

Los goces del cielo están conmigo y los tormentos del infierno están conmigo,

Los primeros los injerto y los multiplico en mi ser, los últimos los traduzco a un nuevo idioma.

Soy el poeta de la mujer no menos que el poeta del hombre,

Y digo que es tan grande ser mujer como ser hombre,

Y digo que nada es mayor que ser la madre de hombres.

Entono el canto de la exaltación o de la soberbia,

Ya estamos hartos de plegarias y de zalamerías,

Muestro que el tamaño no es más que crecimiento.

¿Has dejado atrás a los otros? ¿Eres el Presidente?

Es una bagatela, cada uno de los otros te alcanzará y seguirá adelante.

Soy que camina con la tierna y creciente noche,

Llamo a la tierra y al mar que abraza la noche.

Abrázame, noche de senos desnudos, abrázame, noche magnética y fecunda,

Noche de los vientos del sur, noche de las estrellas grandes y escasas,

Noche serena que me llama, loca y desnuda noche de estío.

¡Sonríe, tierra voluptuosa de fresco aliento,

Tierra de los árboles dormidos y húmedos,

Tierra del sol que ya se ha ido, tierra de las montañas de cumbre nebulosa,

Tierra del cristalino fluir de la luna llena, apenas tocada de azul,

Tierra del brillo y de la sombra manchando la corriente del río,

Tierra del gris límpido de las nubes que resplandecen y se aclaran para que yo las vea,

Tierra yacente y extendida, rica tierra de azahares!

Sonríe, porque llega tu amante.

Pródiga me has dado tu amor, te doy pues mi amor,

Mi apasionado amor indecible.

¡Mar!, a ti me abandono también, adivino lo que quieres decirme,

Miro desde la playa tus encorvados dedos que me invitan,

Creo que no quieres volver sin haberme tocado,

Salgamos juntos de paseo, me desnudo, perdamos de vista la tierra,

Acúname con suavidad, mécame en tu sueño ondulante,

Salpícame de amorosa humedad, yo puedo retribuirte.

Mar que henchido te embraveces,

Mar que respiras, hondo y revuelto, ar en que está la sal de la vida, mar de
cerradas sepulturas aún no cavadas,

Rugiente mar que engendras tempestades, mar delicado y caprichoso,

Soy universal como tú, soy también de una faz y de muchas faces.

Participo de flujos y de reflujos, exalto reconciliaciones y odios,

Exalto a los amantes y a los que duermen abrazados.

Soy el que testimonia simpatía,

)¿Haré la lista de las cosas que hay en la casa y omitiré la casa que las contiene?)

No sólo soy el poeta de la bondad, no me niego a ser también el poeta del mal.

¿Qué palabreo es éste sobre la virtud y el vicio?

Me impele el mal y me impele la reforma del mal, no discuto,

Mi actitud no es la del censor ni la del que todo lo niega,

Humedezco las raíces de todo lo que crece.

¿Temes que la infatigable preñez produzca tumores?

¿Piensas, acaso, que las leyes del cielo pueden ser revisadas y corregidas?

Afirmo que los dos platillos de la balanza están en equilibrio,

Una doctrina blanda no es menos servicial para mí que una doctrina rígida,

Los pensamientos y los hechos de ahora nos incitan y mueven.

Este minuto ahora me llega desde los decillones anteriores,

Nada es mejor que el aquí y el ahora.

Lo que ha ocurrido bien en el pasado o lo que ahora ocurre bien, no es tal maravilla,

La maravilla es que alguna vez pueda existir un hombre mezquino o sin fe.

23

Desenvolvimiento incesante de las palabras de los siglos,

La mía, una palabra del presente, la palabra en Masa.

Una palabra de la fe que nunca defrauda,

Ahora y mañana para mí son lo mismo, acepto el Tiempo de manera absoluta.

Solo él no tiene tacha, sólo él abarca y completa todo,

Esa desconcertante y mística maravilla todo lo abarca.

Acepto la Realidad y no me atrevo a ponerla en duda,

Lo material la penetra de principio a fin.

¡Viva la ciencia positiva! ¡Vivan las demostraciones precisas!

Traed uvas y cedro y ramas de lilas,

Este es el lexicógrafo, éste es el químico, éste es el que compuso una gramática de los antiguos jeroglíficos,

Estos navegantes hicieron que la nave atravesara mares desconocidos y peligrosos,

Este es el geólogo, éste trabaja con el escalpelo y éste es un matemático.

Caballeros, ¡para vosotros los primeros honores!,

Vuestros testimonios son útiles pero mi morada no está en ellos,

Paso por ellos para entrar en mi casa.

Mis palabras recuerdan las cosas ya dichas,

Y todavía más las que no se han dicho, y la libertad y el desasimiento,

Y no les importan los epicenos y los castrados, y favorecen a los hombres y a las mujeres plenamente dotados,

Y hacen resonar el gong de la rebelión, y hablan con los fugitivos y conspiradores.

Walt Whitman, un cosmos, de Manhattan el hijo,

Turbulento, carnal, sensual, comiendo, bebiendo, engendrando,

Ni sentimental, ni sintiéndose superior a otros hombres y mujeres, ni alejado de ellos,

No menos modesto que inmodesto.

¡Arrancad los cerrojos de las puertas!

¡Arrancad las puertas de los goznes!

El que degrada a otro me degrada,

Y todo lo que se dice o se hace vuelve a mí al fin.

A través de mí surge y surge la voluntad creadora, a través de mí, el torrente y el índice.

Digo el primordial santo y seña, hago el signo de la democracia,

¡Por Dios! No aceptaré nada que no sea ofrecido a los demás en iguales condiciones.

Muchas voces largo tiempo calladas brotan de mí,

Voces de las interminables generaciones de prisioneros y de esclavos,

Voces de los enfermos y de los inconsolables, de los ladrones y de los enanos,

Voces de ciclos de preparación y de crecimiento,

De los hilos que unen a las estrellas, y de los vientres, y de la simiente paterna,

Y del derecho de aquellos a quienes oprimen los otros,

De los deformes, triviales, simples, tontos y despreciados,

De neblina en el aire, de escarabajos arrastrando bolas de estiércol.

Brotan de mi voces prohibidas,

Voces del sexo y del apetito, voces veladas y yo aparto el velo,

Voces indecentes clarificadas y transfiguradas por mí.

Yo me cubro la boca con la mano,

Me conservo tan puro en las entrañas como en la cabeza y en el corazón,

La cópula no es para mí más vergonzosa que la muerte.

Creo en la carne y en los apetitos,

Ver, oír, tocar, son milagros, y cada parte de mí es un milagro.

Divino soy por dentro y por fuera, y santifico todo lo que toco y me toca,

El aroma de estas axilas es más fino que las plegarias,

Esta cabeza es más que las iglesias, las biblias y todos los credos.

Si algo hay que yo venero más que las otras cosas, ese algo es la extensión de mi cuerpo y cada una de sus partes,

Traslúcida arcilla de mi cuerpo, ¡tú lo serás!

Sombreados bordes y bases, ¡vosotros lo seréis!

Firme reja viril, ¡tú lo serás!

Tú, mi rica sangre, tú, liquido lechoso, pálido extracto de mi vida.

Pecho que oprimes otros pechos, ¡tú lo serás!

¡Cerebro serán tus circunvoluciones ocultas!

Raíz lavada del junco oloroso, becada medrosa, nido recatado de los huevos gemelos, ¡vosotros lo seréis!

Heno mezclado y revuelto de la cabeza, barba, cejas, ¡vosotros lo seréis!

Savia que goteas del arce, fibra del noble trigo, ¡vosotros lo seréis!

Sol generoso, ¡tú lo serás!

Nubes que ilumináis y oscurecéis mi rostro, ¡vosotros lo seréis!

Sudorosos arroyos y rocíos, ¡vosotros lo seréis!

Vientos que me rozáis, frotando contra mí vuestros genitales, ¡vosotros lo seréis!

Amplios campos musculares, ramas de encina, amoroso holgazán de mi sendero tortuoso ¡vosotros lo seréis!

Manos que he tomado, rostros que he besado, mortal a quien toqué alguna vez, ¡vosotros lo seréis!

Estoy enamorado de mí, hay tantas cosas en mí que son tan deliciosas,

Cada momento y todo lo que ocurre me llena de alegría,

No sé cómo se doblan mis tobillos, ni la causa del más leve de mis deseos,

Ni de la amistad que suscito, ni de las amistades que me devuelven.

Al subir por las escaleras me detengo a reflexionar si no estoy soñando,

La madreSelva en la ventana me satisface más que la metafísica de los libros.

¡Contemplar el amanecer!

La escasa luz que va borrando las sombras inmensas y diáfanas,

El sabor del aire es grato a mi paladar.

Retoños del cambiante mundo ascienden silenciosos en un juego inocente,
fresco sudor,

Oblicuamente errando por todos lados.

Algo invisible está proyectando libidinosos dardos,

Torrentes de brillante zumo inundan el cielo.

La tierra por el cielo invadida, la cotidiana consumación de su boda,

El desafío del oriente sobre mi cabeza,

La burla mordaz: ¡Ya veremos quién es el amo!

Tremenda y deslumbrante, qué pronto me mataría la aurora

Si yo fuera capaz, ahora y siempre, de que de mí naciera la aurora.

Nosotros también ascendemos, tremendos y deslumbrantes como el sol.

Formamos nuestra propia aurora, oh, mi alma, en la paz y en la frescura del alba.

Mi voz persigue lo que mis ojos no pueden alcanzar,

Con un movimiento de la lengua abarco mundos y extensiones de mundos.

El habla es hermana gemela de la vista, no puede medirse a sí misma,

Continuamente me provoca, me dice con sarcasmo:

Walt, tú encierras tantas cosas, ¿por qué no las dejas salir?

Vamos no quiero que me atormentes, tienes demasiada fe en el lenguaje,

¿No sabes acaso, oh lenguaje, que los brotes se doblan bajo su peso?

Aguardando en la sombra, cubierto por la escarcha,

El cielo retrocede ante mis proféticos gritos,

Yo, fundamento de las cosas, las equilibrio,

Mi conocimiento es mi vida, corresponde a la verdad de todas las cosas,

Felicidad (que todo el que me oye salga este día a buscarla).

Te niego mi mérito final, no quiero despojarme de lo que realmente soy.

Abarco mundos, pero no trato nunca de abarcarme,

Reúno lo más delicado y lo mejor que hay en ti con sólo mirarte.

La escritura y la charla no me revelan,

Llevo en el rostro la plenitud y la prueba de todas las cosas,

Con deliciosos labios puedo refutar al escéptico.

26

Ahora no haré otra cosa que escuchar,

Para que lo escuchado aumente mi canto, para que los sonidos lo enriquezcan.

Oigo alardes de pájaros, el rumor del trigo que crece, el secreto de las llamas, el restañar de los leños que me preparan la ro mida,

Oigo el sonido que más quiero, el de la voz humana,

Oigo todos los sonidos, corren a la par, se entrelazan, se unen o se buscan,

Sonidos de la ciudad o sonidos fuera de la ciudad, sonidos del día y de la noche,

Niños locuaces con quienes los aman, la fuerte risa de los obreros en la mesa común,

La airada voz de las amistades truncadas, la tenue voz de los enfermos,

El juez con las manos sobre la mesa pronuncia con pálidos labios la sentencia de muerte,

El grito de los estibadores que descargan junto a los muelles, el estribillo de los marineros que levantan anclas,

Las campanas de alarma, el grito de incendio, el apresurado estrépito de los iluminados carros con las mangueras y los premonitorios silbatos,

El pito de vapor, el pesado rodar del tren y de los vagones,

La lenta marcha que dirige el cortejo, que avanza de dos en dos,

(Van a hacer guardia ante un cadáver, las banderas llevan crespones negros).

Escucho el violonchelo (es la queja del corazón del muchacho),

Escucho la corneta de llaves, se desliza por mis oídos

Y suscita latidos incomprensiblemente dulces en mis entrañas y en mi pecho.

Y escucho el coro de la ópera,

¡Ah, esto en verdad es música, esto me gusta!

Me colma un tenor, vasto y nuevo como la creación,

Me exalta el caudal de su voz.

Escucho la afinada voz de la soprano (¿qué relación tiene con mi canto?),

La orquesta me hace describir órbitas más vastas que las de Urano,

Me arranca ardores cuya existencia yo ni siquiera sospechaba,

Me lleva al mar, entro con mis pies desnudos que mojan las olas indolentes,

Iracundas y amargas olas me cortan, casi me ahogo.

Saturado de dulce morfina me asfixio simulando a la muerte,

Me libero al fin para enfrentarme con el enigma de los enigmas,

El enigma del Ser.

27

Ser en cualquier forma, ¿qué es eso?

(Giramos y giramos para volver al mismo punto, todos nosotros, sin fin),

Si no hubiera nada más evolucionado que la almeja en su insensible valva,
eso bastaría.

Mi valva no es insensible,

Tengo instantáneos conductores que recorren mi cuerpo, en el movimiento o
en la inquietud,

Se apoderan de cada cosa y hacen que sin dolor entren en mí.

Me basta remover, apretar, sentir con los dedos para ser feliz.

Apenas puedo resistir el roce de mi cuerpo o el de otro.

28

¿Es éste mi roce?, que hace vibrar en mí una nueva identidad,

El fuego y el éter se precipitan por mis venas,

Mis extremidades traidoras se apresuran a ayudarlos,

Mi carne y mi sangre lanzan el rayo que ha de herir lo que apenas difiere de
mí,

Por todas partes me provocan, lascivas, y paralizan mis miembros,

Exprimen la ubre de mi corazón para extraer sus gotas reprimidas,

Obran licenciosamente conmigo, no toleran el no,

Deliberadamente me despojan de lo mejor que poseo,

Desabrochan mis ropas sujetándome por la cintura,

Embaucando mi confusión con la paz de la luz del día y de los campos,

Rechazando impúdicamente los otros sentidos,

Sobornándolos para que se transformen en tacto y se alejen de mí,

Sin la menor consideración, sin que les importe mi fuerza que se agota,

Lllaman al resto del rebaño para que se divierta;

Luego todos se juntan en un promontorio para fastidiarme.

Los centinelas abandonan todas las otras partes de mi cuerpo,

Me han dejado desamparado a merced de un rojo asesino,

Todos acuden al promontorio para acusarme y atacarme.

Los traidores me han entregado,

Baluceo de manera insensata, me he vuelto loco, soy el que traiciona,

Yo fui el primero que arribé al promontorio, mis propias manos me llevaron.

¡Tacto malvado!, ¿qué estás haciendo? El aliento se corta en la garganta,

Ya no puedo más! ¡Abrid las compuertas!

29

¡Tacto ciego, luchador, amoroso, tacto envainado en el que acechan crueles colmillos!

¿Te ha dolido tanto dejarme?

Despedida perseguida por la llegada, perpetuo pago de una deuda perpetua,

Lluvia torrencial y más torrencial y abundante la recompensa.

Los retoños germinan y se acumulan, crecen junto a la acequia,

Proyectan visiones masculinas vastas y de oro.

30

Todas las verdades aguardan en todas las cosas,

Ni se apresuran ni se demoran,

No precisan el forceps del cirujano,

Para mí lo mínimo no es menos importante que lo demás,

(¿Qué puede ser mayor o menor que un roce?)

Ni la lógica ni los sermones convencen,

La humedad de la noche me penetra con más intensidad.

(Sólo lo que por sí mismo es evidente a cualquier hombre o cualquier mujer,
es así,

Solo es así lo que nadie niega).

Una gota y un minuto me bastan para sosegar mi cerebro,

Creo que los húmedos terrones serán alguna vez amantes y lámparas,

Y que el alimento de un hombre o de una mujer es un compendio de compendios.

Y que lo que los atrae y los une es una cumbre y una flor,

Y que se ramificarán infinitamente hasta saberlo todo,

Y hasta que todos nos deleiten y los deleitemos a todos.

Creo que una hoja de hierba no es menos que el camino recorrido por las estrellas,

Y que la hormiga es perfecta, y que también lo son el grano de arena y el huevo del zorzal,

Y que la rana es una obra maestra, digna de las más altas,

Y que la zarzamora podría adornar los salones del cielo,

Y que la menor articulación de mi mano puede humillar a todas las máquinas,

Y que la vaca pacienco con la cabeza baja supera a todas las

estatuas,

Y que un ratón es un milagro capaz de confundir a millones de incrédulos.

Siento que en mi ser se incorporan el gneis, el carbón, el musgo de largos filamentos, las frutas, los granos, las raíces comestibles,

Y que estoy hecho de cuadrúpedos y de pájaros,

Y que puedo recuperar cuanto he dejado atrás,

Pero que puedo hacerlo volver cuando se me antoje.

En vano la timidez o la prisa,

En vano las rocas incandescentes arrojan sobre mí su antiguo calor,

En vano el mastodonte se oculta detrás del polvo de sus huesos,

En vano los objetos se alejan leguas y leguas y toman muchas formas,

En el mar se oculta en las cavernas donde tienen su guarida los monstruos,

En vano el buitre tiene por morada el cielo,

En vano la serpiente se desliza entre las lianas y los troncos,

En vano el alce busca las honduras recónditas de la selva,

En vano el cuervo marino tiende el vuelo hacia el norte, hacia el Labrador,

Lo sigo velozmente, trepo al nido que está en la grieta del peñasco.

Creo que podría vivir con los animales, son tan secretos y tan plácidos,

Me detengo y me demoro mirándolos.

No se atormentan ni se quejan de su condición,

No se quedan despiertos toda la noche ni lamentan sus culpas,

No me abruman con discusiones de sus deberes para con Dios,

Ni uno solo está descontento, ni uno solo está dominado por la locura de tener cosas,

Ni uno solo se arrodilla ante otro, así fuera de su especie que vivió hace miles de años,

Ni uno solo es decente o desdichado en toda la faz de la tierra.

De esta manera muestran sus relaciones conmigo y yo las acepto,

Me traen señales de mí mismo, muestran claramente que las poseen.

Querría saber dónde han hallado esas señales,

¿He recorrido ese camino hace mucho tiempo y las he dejado caer?

Avanzando ahora y antes y siempre,

Agrupándolos y mostrándolos cada vez en mayor cantidad,

Infinitos y omnígenos, y sus semejantes con ellos,

Sin exigir demasiado de quienes ahora son mis recuerdos,

Eligiendo alguno que quiero y yéndome fraternalmente con él.

Gigantesca hermosura de un padrillo fresco y sensible a mis caricias,

De alta y amplia frente,

Patas lustrosas y ágiles, cola que barre el suelo,

Ojos de chispeante malicia, orejas finamente dibujadas que flexiblemente se mueven.

Se dilatan las narices al sentir mis talones que lo oprimen,

Su perfecto cuerpo se estremece de placer cuando corremos.

Te cabalgo un minuto y después te dejo, pradillo,

¿Para qué me haces falta si yo puedo andar más ligero?

Aunque esté sentado o de pie, siempre te dejo atrás.

¡Espacio y Tiempo! Ahora compruebo que es verdad lo que presentía,

Lo que presentía al estar tirado en el pasto,

Lo que presentía al descansar en mi cama,

Y también al caminar por la playa bajo las tenues estrellas de la mañana.

Mi lastre y mis amarras me dejan, mis codos se apoyan sobre los oleajes del mar,

Escolo cordilleras, las palmas de mis manos abarcan continentes,

Camino con la vista.

Junto a las casas rectangulares de la ciudad, en barracas de tablas, acampando con los hacheros,

Por los polvorientos caminos con molinetes, por los arroyos secos y las cañadas,

En mi cebollar o pisando filas de zanahorias y de berros, atravesando sabanas, abriendo picadas en los bosques,

Gateando tierras desconocidas, cavando en busca de oro, cercando de arboles el nuevo terreno,

Con los tobillos abrasados por la arena ardiente, remolcando mi bote por las aguas playas del río,

Donde la pantera merodea de un lado a otro sobre las ramas de un árbol, donde el ciervo se vuelve con furia contra el cazador,

Donde la serpiente de cascabel se asolea sobre la roca, donde la nutria se alimenta de peces,

Donde el áspero caimán duerme junto a la isla,

Donde el oso negro busca miel o raíces, donde el castor golpea el lodo con la cola achatada,

Sobre los plantíos de caña de azúcar, sobre las flores amarillas de los algodones, sobre los arrozales de las tierras bajas y anegadizas,

Sobre los aleros de la granja con sus cornisas festoneadas y esbeltos brotes de las zanjas,

Sobre los nísperos del oeste, sobre el maizal de largas hojas, sobre el delicado lino de flores azules,

Sobre el trigo limpio y tostado, susurrando y zumbando como los otros,

Sobre oscuro verde del centeno cuando se inclina y se oscurece kilo la brisa,

Escalando montañas, trepando cuidadosamente hacia lo alto, aferrándome a las ramas bajas y ásperas,

Caminando por el sendero o entre el pasto y abriéndome camino por la maleza,

Donde la codorniz está silbando entre los bosques y el trigal,

Donde la codorniz está silbando entre los bosques y el trigal,

Donde gira el murciélago en los atardeceres de julio, donde el morme escarabajo de oro se deja caer en la penumbra,

Donde el manantial surge entre las raíces del árbol viejo y corre hacia el prado,

Donde sesteá el ganado y con el movimiento de la piel espanta las moscas,

Donde los repasadores cuelgan en la cocina, donde los morillos descansan sobre la losa del hogar, donde las telarañas cubren las vigas,

Donde golpean los martillos de la fragua, donde la prensa hace girar sus

cilindros,

Donde los corazones humanos laten con angustia bajo los pechos,

Donde el globo en forma de pera se eleva por el aire (navegando en él y mirando tranquilamente hacia abajo),

Donde va el alambre carril, donde el calor del sol empolla los huevos color verde pálido en las dunas de arena,

Donde la ballena nada con su cría y no la abandona,

Donde el vapor va desplegando su penacho de humo,

Donde la aleta del tiburón corta el agua como un cuchillo,

Donde el bergantín incendiado corre por aguas desconocidas,

Donde brotan los hongos en la cubierta viscosa sobre la cual se pudren los muertos,

Donde la constelada bandera flamea a la cabeza del regimiento,

Acercándose a Manhattan por la larga isla,

Bajo el Niágara, la catarata cayendo como un velo sobre mi cara,

Sobre el umbral, sobre el apeadero de madera o afuera,

En las carreras, o disfrutando un picnic o un baile o un buen partido de baseball,

En fiestas de hombres solos, con bromas groseras, libertinaje irónico, bailes obscenos, borracheras y risotadas,

En el lagar de la sidra probando la dulzura del mosto moreno, sorbiendo el jugo con una paja,

Mondando manzanas, pidiendo un beso por cada fruta roja que encuentro,

En los desfiles, en las fiestas en la playa, en reuniones de amigos, desgranando el maíz, construyendo casas,

Donde el mirlo burlón entona sus deliciosos trinos, arrullos, gritos, quejas,

Donde la parva de heno está en el patio de la granja, donde se desparraman los tallos secos, donde la vaca de cría espera en el galpón,

Donde el toro avanza para cumplir su obra viril, donde el padrillo busca la yegua, donde el gallo pisa la gallina,

Donde pacen las terneras, donde los gansos pican el grano con sacudones cortos,

Donde las sombras del ocaso se alargan sobre la ilimitada y vasta llanura,

Donde las manadas de búfalos abarcan lentamente las leguas,

Donde brilla el colibrí, donde el cuello del viejo cisne se curva y ondula,

Donde graznan y vuelan las gaviotas junto a la orilla y ríen con su risa casi humana,

Donde se alinean las colmenas en el jardín sobre una tabla gris, casi tapadas por las altas hierbas,

Donde las perdices de cuello rayado yacen en círculo en el suelo con la cabeza afuera,

Donde los coches fúnebres pasan bajo el arco del cementerio,

Donde los lobos del invierno aúllan en los desiertos de nieve y entre los árboles cubiertos de escarcha,

Donde la garza de cabeza amarilla se acerca de noche al borde de la ciénaga y se alimenta de pequeños cangrejos,

Donde las salpicaduras de los que nadan y se zambullen refrescan el ardor del mediodía,

Donde el grillo ejecuta su escala en el nogal cerca del pozo,

Por los sembrados de citrus y de calabazas con hojas como alambres de plata,

Por las salinas, por los naranjales o la sombra de los pinares,

Por el gimnasio, por la cortina de cuentas de la taberna, o en la oficina o en la Intendencia,

Contento con la gente del país y con los extranjeros, contento con lo nuevo y con lo viejo,

Contento con la mujer fea y con la que es linda,

Contento con la cuáquera que se quita el sombrero y habla con melodiosa

VOZ,

Contento con la música del coro en la iglesia blanqueada,

Contento con las graves palabras del elocuente predicador metodista,
emocionado por la piadosa congregación en medio del campo,

Mirando toda la mañana las vidrieras de Broadway con la nariz aplastada
contra los viejos cristales,

Caminando esa misma tarde con la cabeza alzada hacia las nubes por una
callejuela o por la playa,

Paseando del brazo de dos amigos y yo en el medio,

Volviendo a casa con el taciturno campesino de mejillas oscuras (me sigue a
caballo al caer la noche),

Lejos del campamento observando las huellas de los animales o de los
mocasines.

Junto a la cama, en el hospital sirviendo limonada al que tiene fiebre,

Junto al ataúd cuando todo está quieto, mirando al muerto a la luz de una

vela,

Viajando a cada puerto para traficar en pos de aventuras,

Apresurándome con la turba del día, tan impaciente y tan ansiosa como cualquiera,

Enfurecido con alguien que odio y listo a acuchillarlo,

Solo, a medianoche, en el patio del fondo, sin pensar en nada desde hace tiempo,

Recorriendo las antiguas colinas de Judea con el hermoso y dulce Dios a mi lado,

Atravesando el espacio, atravesando el cielo y las estrellas,

Atravesando los siete satélites y el ancho anillo y el diámetro de ochenta mil millas,

Volando con los meteoros, arrojando esferas de fuego con ellos,

Llevando la luna creciente que lleva en el vientre a su propia madre,

Ungiendo de ira, gozando, jugando, amando, amonestando,

Apoyando y llenando, apareciendo y desapareciendo,

Recorro los caminos del día y los caminos de la noche.

Visito los huertos de las esferas y contemplo su obra,

Quintillones de fruta madura y de fruta verde.

Mi alma insaciable y fluida emprende su vuelo, no hay sonda que lo mida.

Tomo lo material y lo inmaterial,

No hay ley ni guardián que puedan impedírmelo.

Amarro el ancla de mi nave sólo por un momento,

Mis mensajeros parten continuamente o me traen su mensaje.

Salgo a cazar el oso polar y las focas saltando precipicios, apoyado en mi bastón con punta de hierro, aferrándome a azulados y quebradizos témpanos.

Subo a la carreta,

En la alta noche tomo mi lugar en el nido del cuervo,

Divisamos el Océano Ártico, hay bastante luz,

A través de la clara atmósfera contemplo la hermosura prodigiosa,

Las enormes masas de hielo pasan a mi lado y yo al lado suyo, el espectáculo es claro en todas direcciones,

Las blancas cimas de los montes se ven a la distancia, lanzo mi fantasía hacia ellos,

Nos acercamos a un inmenso campo de batalla donde nos batiremos (con cauteloso paso atravesamos los colosales puestos avanzados del campamento,

O llegamos a los suburbios de una vasta ciudad en ruinas,

Los muros y la destrozada arquitectura valen más que todas las ciudades vivientes que hay en el mundo.

Soy un aventurero, acampo junto a las fogatas en las avanzadas,

Echo al novio de la cama y me quedo con la novia,

Lo estrecho toda la noche contra mis muslos y mis labios.

Mi voz es la voz de la esposa, el grito junto a la baranda de la escalera,

Suben el cuerpo de mi hombre empapado y ahogado.

Comprendo el ancho corazón de los héroes,

El coraje de hoy y de todos los tiempos,

Comprendo cómo el capitán vio los restos del vapor sin timón y la Muerte persiguiéndolos a través de la tormenta,

Como se afirmó y no retrocedió una pulgada, y cómo fue leal día y noche,

Y con grandes letras de tiza escribió en una tabla: No se desalienten, no hemos de abandonarlos.

Y cómo los siguió y no los dejó,

Y cómo al fin salvó a todos los náufragos,

Cómo las descarnadas mujeres de ropa suelta pasaron de su gran sepultura abierta a los botes,

Y el aspecto de los niños callados de cara envejecida, de los enfermos que tuvieron que alzar y de los hombres con labios apretados y la barba crecida.

Todas estas cosas absorbo, me saben bien, me gustan y son mías,

Yo soy el hombre, yo padecí, yo estaba allí.

La indiferencia y la serenidad de los mártires,

La madre de otros siglos condenada a muerte por bruja, quemada con leña y sus hijos mirándola,

El esclavo acosado, exhausto en su fuga, apoyado en el cerco, jadeante, cubierto de sudor,

Los dolores punzantes en las piernas y en el pescuezo, la descarga asesina y el balazo,

Todo lo siento y lo soy.

Soy el esclavo perseguido, las mordeduras de los perros me hieren,

El infierno y la desesperación se ciernen sobre mí, los tiradores repiten la descarga,

Me aferro a la baranda del cerco, sangre y sudor gotean de mi carne,

Los jinetes urgen sus caballos que se resisten, me cercan,

Injurian mis oídos aturdidos y me golpean la cabeza con los rebenques.

Las agonías son mis mudas de ropa,

No pregunto al herido cómo se siente, soy el herido,

Mis heridas se oscurecen mientras las miro apoyado en mi bastón.

Soy el bombero hecho pedazos, roto el esternón,

Los muros me sepultan en su caída,

Aspiré calor y humo, oí la gritería de mis compañeros,

Oí el sonido lejano de sus picos y de sus palas,

Han retirado ya las vigas, con ternura me alzan.

Yazgo en el aire de la noche con mi camisa roja, el silencio que guardan es por mí,

Después de tanto sufrimiento ya no siento dolor, estoy exhausto, pero ya no tan desdichado,

Blancos y hermosos son los rostros que me rodean, se han quitado los cascos,

La arrodillada muchedumbre se borra entre el fulgor de las antorchas.

Los ausentes y los muertos resucitan,

Son la esfera del reloj y son las agujas, yo mismo soy el reloj.

Soy un viejo artillero, cuento el bombardeo de nuestro fuerte,

Estoy ahí otra vez.

De nuevo el largo retumbar de los tambores,

De nuevo el ataque de los cañones y de los morteros,

De nuevo llega a mis oídos el cañón que responde.

Participo en la acción, todo lo veo y todo lo oigo,

Los gritos, las injurias, el fragor, el aplauso por la puntería certera,

La ambulancia que pasa lentamente dejando su reguero de sangre, jornaleros en busca de las brechas, reparando las más indispensables,

La caída de las granadas atravesando el techo destruido, la explosión en forma de abanico,

El crujir de miembros, de cabezas, de piedras, de tablas, de hierro al saltar por los aires.

De nuevo el estertor de mi general que agoniza y furiosamente agita las manos,

Y ahogándose en la sangre murmura estas palabras: No se ocupen de mí, defiendan las trincheras.

34

Ahora refiero lo que me contaron en Texas en mi niñez,

(No cuento la caída de Álamo,

Nadie se salvó para contar la caída de Alamo,

Los ciento cincuenta hombres siguen callados en Alamo),

Es la historia del asesinato a sangre fría de los cuatrocientos doce muchachos.

En su retirada formaron un cuadro con su bagaje como defensa,

Novcientas vidas de los enemigos que los cercaban, nueve veces su número, fue el precio adelantado que cobraron,

Su coronel estaba herido y ya no les quedaban municiones,

Aceptaron una honrosa capitulación, recibieron las condiciones firmadas y selladas, entregaron sus armas y marcharon como prisioneros de guerra.

Eran la flor de los hombres de la frontera

Incomparables para el caballo, para el rifle, para el canto, para la comida, para el amor.

Grandes, turbulentos, generosos, gallardos, altivos y afectuosos,

Barbados, curtidos por el sol, vestidos a la descuidada manera de los cazadores,

Ninguno había cumplido treinta años.

El segundo lunes por la mañana los sacaron en grupos y los mataron; era el principio de un hermoso verano,

La faena comenzó a eso de las cinco y duró hasta las ocho.

Ninguno acató la orden de arrodillarse,

Algunos se arrojaron vanamente sobre sus asesinos, otros se quedaron de pie, erguidos, impávidos,

Algunos cayeron enseguida alcanzados en la sien o en el pecho, los vivos y los muertos yacían juntos,

Los mutilados y despedazados arañaban el polvo, los que llegaban después ahí los veían,

Algunos moribundos trataron de salvarse arrastrándose,

A éstos los remataron con la bayoneta o con la culata de los fusiles,

Un niño de diecisiete años se aferró a su asesino hasta que dos de sus compañeros acudieron a socorrerlo,

Los des quedaron con la ropa deshecha y bañada en sangre.

A las once empezaron a quemar los cuerpos;

Tal es la historia del asesinato de los cuatrocientos doce muchachos.

35

¿Quieren que les refiera un viejo combate naval?

¿Quieren saber quién fue vencedor a la luz de la luna y de las estrellas?

Oigan la historia tal como me la contó mi bisabuelo materno, el marinero.

Nuestro enemigo no era un cobarde en su barco,

El suyo era el taciturno coraje de los ingleses y no hay ninguno más tenaz y más firme, y nunca lo habrá;

Al caer la noche se nos acercó y espantosamente abrió fuego.

Nos trabamos con él, se enredaron las vergas, los cañones ya se tocaban.

Nuestro capitán aseguró los cables con sus propias manos.

Habíamos recibido unas dieciocho descargas en la quilla,

A la primera, dos cañones estallaron en la cubierta inferior matando a quienes los rodeaban y arrojándolos por el aire.

Combatiendo al atardecer, combatiendo de noche,

A las diez brillaba la luna llena, aumentaban las brechas, el agua ya alcanzaba cinco pies,

El contramaestre puso en libertad a los prisioneros en la bodega para que pudieran salvarse.

Los centinelas nos prohibieron pasar por la Santa Bárbara,

Vieron tantas caras extrañas que ya no sabían en quién confiar.

Nuestra fragata se incendia,

Los contrarios preguntan si nos rendimos,

Si queremos arriar la bandera y terminar la lucha.

Ahora me río satisfecho porque oigo la voz de mi pequeño capitán:

No vamos a arriar la bandera, dice tranquilamente, apenas si hemos empezado a pelear.

Solo nos quedan tres cañones,

El capitán en persona lo apunta contra el mástil del enemigo,

Dos descargas de metralla silencian sus fusiles y arrasan la cubierta.

Sólo los marineros de las cofas secundan el fuego de esta pequeña batería, especialmente los de la cofa de gavia,

Actúan con valor durante todo el combate.

No hay un solo instante de tregua,

Las bombas no dan para las brechas, el fuego amenaza la Santa Bárbara.

Han destruido una de las bombas, todos creen que estamos hundiéndonos.

El pequeño capitán sigue de pie, sereno,

No se apresura, habla con voz natural,

Sus ojos brillan más que sus faros de abordo.

Hacia las doce de la noche, bajo los rayos de la luna, se rinde el enemigo.

36

Rígida y quieta yace la medianoche,

Dos grandes cascos inmóviles sobre el pecho de las tinieblas,

Nuestro barco va a la deriva y lentamente se hunde, nos disponemos a pasar al barco que ganamos,

El capitán, en el alcázar, con la cara blanca como una sábana, fríamente da órdenes.

A su lado, el cuerpo del niño que le servía en el camarote,

La cara muerta del viejo marinero, de largo pelo blanco y de bien cuidadas patillas,

Las llamas, a pesar de nuestro esfuerzo, oscilando arriba y abajo,

Las roncas voces de los dos o tres oficiales que todavía pueden cumplir con su deber,

Montones informes de cuerpos y de jirones de carne humana adheridos a los mástiles y a las vergas,

Jarcias, aparejos que cuelgan, ligeras sacudidas causadas por la agitación de las olas,

Cañones negros e impasibles, desordenados paquetes de pólvora, penetrante olor.

Arriba, unas cuantas grandes estrellas brillando silenciosas y tristes,

Delicadas ráfagas de la brisa del mar, olor del pasto y de los juncos que llega de la ribera, mensajes que los muertos han encargado a los sobrevivientes,

El silbido del bisturí del cirujano, los dientes roedores del serrucho,

Jadeos, sonidos guturales, salpicar de la sangre que gotea, breve grito frenético, y después un apagado y largo gemido;

Esto es así, esto es irreparable.

37

¡Alerta, holgazanes! ¡A las armas!

Se agolpan en las puertas conquistadas. ¡Estoy loco!

Encarno a todos los acosados y a todos los que sufren,

Me veo encarcelado con un rostro que no es el mío,

Y siento su dolor sordo y constante.

Por mí los carceleros se echan la carabina al hombro y me vigilan,

Soy yo al que dejan salir a la mañana y encierran a la noche.

No hay un rebelde que vaya esposado a la cárcel y a quien yo no acompañe;
estoy esposado también y camino a su lado,

(No soy el que está alegre, soy el que avanza silencioso con temblorosos
labios húmedos.)

No hay un muchacho acusado de robo sin que yo esté también en el
banquillo, y me juzguen y me condenen.

No hay un enfermo de cólera que exhale su último suspiro sin que yo agonice
con él,

Mi rostro es ceniciento, mis músculos están tensos, la gente se aparta de mí.

Los pordioseros se encarnan en mí y yo me encarno en ellos,

Tiendo mi sombrero, me siento avergonzado y pido limosna.

¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

De algún modo me han aturdido. ¡Ábranse, déjenme respirar!

Déjenme un rato libre para que me reponga del golpe, del vértigo, de los sueños, de los bostezos,

Estoy al borde de un error habitual.

¡Si pudiera olvidar las burlas y las afrentas!

¡Si pudiera olvidar las lágrimas, los golpes de los palos y de los martillos!

Si pudiera mirar con indiferencia mi propia crucifixión y mi coronación de espinas.

Ahora lo recuerdo,

Reconstruyo la escena;

La tumba de piedra multiplica lo que a ella le confiaron, o a todas;

Los muertos resucitan, se cierran las heridas, mis ligaduras se desprenden.

Avanzo con supremo vigor, soy parte de una procesión común e infinita,

Nos internamos tierra adentro o seguimos las costas atravesando las fronteras,

Nuestro ejército cubre todos los confines de la tierra,

Las llores que adornan nuestros sombreros son la obra de millones de años.

¡Discípulos, yo os saludo! ¡Adelante!

Seguid anotando, seguid preguntando.

¿Quién es este salvaje amistoso y gárrulo?

¿Espera la civilización, o la ha dejado atrás y la ha dominado?

¿Es un hombre del sudoeste y ha sido criado a la intemperie? ¿Es un canadiense?

¿Viene de las tierras del Mississippi, de Iowa, de Oregon, de California?

¿De la montaña, de las praderas, de los bosques, o un marino del mar?

Dondequiera que vaya, los hombres y las mujeres lo desean y lo aceptan,

Quieren que los quiera, que los toque, que les hable, que se quede con ellos.

Obra sin ley, como los copos de nieve, sus palabras son simples como la hierba, el pelo despeinado, risas e ingenuidad,

Lento el andar, comunes las facciones, emanando sencillez y modestia,

Brotan de un modo nuevo desde las puntas de los dedos,

Flotan en el aire con el olor de su cuerpo o de su aliento, salen de la mirada de sus ojos.

So jactancioso, no me hace falta tu calor,

No iluminas más que las superficies, yo ilumino las superficies y las profundidades.

¡Tierra! Pareces buscar algo entre mis manos;

Dime, ilustré anciana, ¿qué es lo que buscas?

Hombre o mujer, querría decirte cuánto te quiero, pero no puedo,

Y querría decirte lo que hay en mí o en ti, pero no puedo,

Y querría decirte la congoja que siento, la que día y noche me acosa.

Sepan que no doy conferencias ni limosnas,

Cuando doy, me doy a mí mismo.

Tú ahí, impotente, con las rodillas flojas,

Ábrete el cuello, infundiré calor en tu cuerpo,

Abre palmas de tus manos y ahueca tus bolsillos,

No toleraré que me nieguen, insisto, me sobran las riquezas,

Y todo lo que tengo lo doy.

No pregunto quién eres, nada me importa,

No puedes hacer nada ni ser nada sino lo que yo quiero.

Quiero al esclavo de los algodones o al que limpia las cloacas,

Le beso la mejilla derecha como a un hermano,

Y juro por mi vida que nunca lo negaré.

En las mujeres aptas para concebir engendro niños ágiles y fuertes.

(En este día arrojé la simiente de una república más soberbia).

Corro a la casa del que está agonizando y abro la puerta,

Echo las mantas hacia el pie de la cama,

Despido al médico y al cura.

Me inclino sobre el hombre que agoniza y lo levanto con una voluntad invencible,

No desesperes, he aquí mi cuello,

¡Por Dios, no morirás! Cuélgate de mí con todo tu peso.

Te infundo un tremendo aliento, te saco a flote,

Lleno todas las piezas de la casa con un ejército invencible,

Amantes míos que defraudan las tumbas.

Duerme, yo y ellos velaremos toda la noche,

Ni la duda ni el mal se atreverán a tocarte,

Te he abrazado y desde ahora serás mío,

Y cuando amanezca mañana sabrás que lo que te digo es verdad.

41

Traigo salud a los enfermos que jadean de espaldas,

Y traigo aún más salud a los hombres fuertes y erguidos.

He oído lo que se ha dicho del universo,

Lo he oído durante miles de años;

No digo que esté mal, ¿pero es eso todo?

Llego magnificando y afirmando,

Ofrezco más en la subasta que los prudentes viejos,

Tomo por cuenta propia la dimensión exacta de Dios,

Litografía a Cronos, a su hijo Zeus y a su nieto Hércules,

Compro dibujos de Osiris, de Isis, de Baal, de Brahma, del Buddha;

En mi cartera llevo a Manitú, a la izquierda a Alá y el grabado del crucifijo,

Junto con Odín y con las horrendas caras aztecas, y con cada ídolo y con cada imagen,

Aceptándolos a todos por lo que valen y ni un centavo más,

Reconociendo que vivieron y que cumplieron con su obra,

(Alimentaron a los pájaros que todavía no emplumaban y que tienen ahora que alzar el vuelo y cantar por sí solos).

Acepto los bosquejos divinos que nos dejaron y ahora los completo, y los reparto a cada mujer y a cada hombre que veo,

Descubro todo eso y aún más en el que levanta una casa,

Exijo aún más para el que maneja el mazo y el cincel con la camisa .¡i remangada,

No me opongo a las revelaciones divinas; pienso que una voluta de humo o el vello de una mano son tan prodigiosos como ellas;

Los muchachos sobre los carros de incendio, con sus escaleras de cuerdas, no valen menos para mí que los dioses de las antiguas guerras,

Oigo sus voces que se mezclan con el fragor de la destrucción,

Sus fuertes brazos pasan sin sufrir daño sobre las vigas incendiadas, sus blancas frentes surgen intactas de las llamas;

Junto a la mujer del mecánico que da el pecho a su hijo e intercede por lodos,

En la cosecha, tres guadañas silbando en fila manejadas por tres fuertes ángeles con la camisa suelta,

El posadero pelirrojo de dientes desparejos expiando sus pecados pasados y sus pecados venideros,

Vendiendo todo lo que posee, viajando a pie para costear los honorarios del abogado que ha de defender a su hermano, a cuyo lado se sentará mientras lo acusan por estafa,

Lo que fue sembrado con abundancia en mi pequeño huerto y no bastó a colmarlo;

El toro y el escarabajo no han sido lo bastante adorados,

Nadie ha soñado lo admirables que son la bosta y la inmundicia,

Lo sobrenatural no vale nada, con el tiempo yo seré también sobrenatural,

Ya está cercano el día en que yo haré tanto bien como los mejores y seré no menos maravilloso,

Por mis bultos de vida soy yo un creador rellenando ahora en el seno emboscado de las sombras.

Mi propia voz rotunda, impetuosa, definitiva.

Venid, mis hijos,

Venid, mis varones y mujeres, parientes y amigos íntimos,

Ahora el ejecutante muestra su destreza, ha concluido el preludio de las flautas.

Escribe fácilmente acordes ágiles, siento vuestra intensa armonía y vuestro final.

Mi cabeza da vueltas,

Rueda la música, pero no desde el órgano,

La gente me rodea, pero no es la gente de mi casa.

Siempre la tierra virgen y sin arar,

Siempre los que comen y los que beben, siempre el sol naciente y poniente,
siempre el aire y las incesantes mareas,

Siempre yo y mis vecinos, alentadores, malvados, reales,

Siempre la antigua, inexplicable pregunta, siempre esa espina en el pulgar,
siempre ese ahínco de inquietudes y de sedes,

Siempre la burla hostil, hasta que descubrimos dónde se agazapa el astuto y
lo hacemos salir,

Siempre el amor, siempre el sollozante fluir de la vida,

Siempre la venda bajo el mentón, siempre la caja de la muerte.

Siempre los que caminan con los ojos bajos buscando monedas en el suelo,

Exprimen su cerebro para aplacar la gula de su vientre,

Compran billetes, toman, venden, pero no van nunca a la fiesta,

Muchos sudan, aran, trillan y reciben en pago el desecho,

Y unos pocos ociosos que reclaman para ellos el trigo.

Esta es la ciudad y yo soy uno de los ciudadanos,

Todo lo que interesa a los demás, me interesa a mí: la política, las guerras, los mercados, los diarios, las escuelas,

El intendente y el concejo, los bancos, las tarifas, los vapores, las fábricas, los títulos, los fondos, los bienes inmuebles y muebles.

Los innumerables homúnculos que pululan con levitas y cuellos almidonados.

Sé muy bien quiénes son (sé que no son gusanos ni pulgas),

Reconozco esos dobles de mí mismo, el más superficial y el más endeble es, como yo, inmortal;

Lo que hago y lo que digo, ellos lo harán y lo dirán, Los pensamientos que en mí se debaten se debaten en ellos.

Conozco perfectamente mí egoísmo,

Sé que mis versos son omnívoros, pero he de seguir escribiéndolos,

Y te llevaré, quienquiera que seas, a mi nivel.

Este canto mío no es una rutina,

Está hecho de bruscas preguntas que llegan lejos y que todo lo acercan;

Este libro impreso y encuadernado —¿y qué hay del impresor y del muchacho de la imprenta?

Las bien tomadas fotografías —¿pero tu mujer o tu amigo, tangibles en tus brazos?

La negra nave revestida de hierro, los fuertes cañones en las torres —¿pero el coraje del capitán y de los foguistas?

en la casa, los platos, la comida, los muebles —¿pero el dueño y la dueña y la mirada de sus ojos?

Allí arriba el cielo —¿pero aquí, o al lado, o enfrente?

los santos y los sabios de la historia —¿pero tú mismo?

Los sermones, los credos, la teología —¿pero el insondable cerebro humano?

¿Y qué es la razón? ¿Y qué el amor, y qué la vida?

43

No os menosprecio, sacerdotes de todas las épocas y naciones,

Mi fe es de todas la mayor y la mínima,

Abarca las antiguas y las modernas y las que están entre ellas,

Creo que al cabo de cinco mil años volveré a la tierra,

Aguardo la respuesta de los oráculos, honro a los dioses y saludo al sol,

Hago un fetiche con una piedra o con un tronco de árbol, soy el brujo que agita su bastón en el círculo mágico,

Ayudo al lama o al brahmán a despabilar las lámparas de los ídolos,

Danzo por las calles en la procesión fálica; arrebatado y austero, soy un gimnosofista de los bosques,

Bebo la hidromiel en los cráneos, admiro los Shastas y los Vedas, obedezco al Corán,

Recorro el teocali, manchado con la sangre que gotea de la piedra y del cuchillo, toco el tambor de piel de serpiente,

Acepto los Evangelios, acepto a aquel que fue crucificado, sé que es divino,

Me arrodillo en la misa, estoy de pie cuando rezan los puritanos, o me siento en el banco de la iglesia pacientemente,

Echo espuma por la boca y desvarío en un ataque de locura, o espero, rígido como un muerto, que mi espíritu despierte,

Miro el pavimento y la tierra, o más allá del pavimento y la tierra,

Soy de los que giran sin fin en el círculo de los círculos.

Soy uno de la banda centrípeta y centrífuga, me vuelvo y hablo como un hombre que hace un encargo antes del viaje.

Abatidos, escépticos, tontos y rechazados,

Frívolos, hoscos, quejumbrosos, airados, sensibles descorazonados, ateos,

A todos os conozco, conozco el mar de los tormentos, de las dudas, de la desesperación y la falta de fe.

¡Cómo chapotean las aletas de la ballena!

¡Como giran veloces como relámpagos, entre estertores y efusiones de sangre!

Sosegaos, aletas sangrientas de los infieles y de los hoscos y quejumbrosos,

Tomo mi lugar entre vosotros como lo tomo entre los demás,

El pasado nos impulsa a todos, a vosotros, a mí, de la misma manera,

Y lo que aún no ha sido probado nos impulsa también de la misma manirá.

No sé lo que no ha sido probado y vendrá después,

Pero sé que a su tiempo será justo y no puede fallar.

El avance es tenido en cuenta y el que se detiene también, no hay un solo a quien falle.

No será olvidado el muchacho que murió y que fue sepultado,

Ni la muchacha que murió y fue enterrada a su lado,

Ni el asno que se asomó un instante a la puerta y no se lo volvió a ver,

Ni el anciano que ha vivido inútilmente y que lo reconoce con la amargura de la hiel,

Ni el tuberculoso del asilo, consumido por la sífilis y el alcohol,

Ni los asesinados y náufragos, ni el último salvaje de quien dicen que es un despojo humano,

Ni las actinias que no hacen otra cosa que flotar con la boca abierta para que la comida entre en ella,

Ni cosa alguna de la tierra ni de sus más remotos sepulcros,

Ni cosa alguna de las innumerables esferas ni de los innumerables seres que las habitan,

Ni el presente ni la brizna más tenue que conocemos.

44

Ha llegado la hora de explicarme, pongámonos de pie.

Me despojo de lo conocido.

Lanzo conmigo a todos los hombres y a todas las mujeres a lo Desconocido.

El reloj indica el momento — ¿pero qué indica la eternidad?

Ya hemos agotado trillones de inviernos y estíos,

Quedan millones por delante y trillones después.

Los nacimientos nos trajeron riquezas y variedad.

Y otros nacimientos nos traerán riquezas y variedad.

No digo que uno sea mas y otro menos,

Lo que llena su tiempo y su lugar no es menos que cualquiera.

¿Fueron los hombres crueles o celosos contigo, hermano, hermana?

Lo siento por ti, no han sido crueles ni celosos conmigo,

Todo ha sido bueno conmigo, yo no guardo cuentas de quejas,

(¿Qué tengo yo que ver con las quejas?)

Soy un ápice de las cosas cumplidas y contengo las cosas que serán.

Mis pies tocan el ápice de los ápices,

En cada peldaño hay racimos de siglos, y mayores racimos entre un peldaño y otro,

He recorrido todos los de abajo y sigo ascendiendo.

Peldaño tras peldaño se inclinan a mis pies los fantasmas,

Veo en el fondo la vasta Nada primordial, y sé que estuve allí,

Yo esperaba siempre, invisible, durmiendo en la bruma letárgica,

Y no me apresuré y no me dañó el fétido carbono.

Mucho tiempo la sombra me cobijó —mucho tiempo.

Inmensa la preparación de mi ser,

Fieles y cariñosos los brazos que me sostuvieron.

Los cielos transportaron mi cuna remando y remando como alegres barqueros,

Para que yo pasara las estrellas cumplieron con sus órbitas,

Y enviaron su influjo para cuidar lo que al fin me recibiría.

Antes de que yo naciera de mi madre, las generaciones me guiaron,

Mi embrión no durmió nunca, nada pudo oprimirlo.

La nebulosa se condensó por él en un orbe,

Los lentos estratos se acumularon para que reposara en ellos,

Vastas vegetaciones lo alimentaron,

Saurios monstruosos lo transportaron en sus bocas y lo depositaron con cuidado.

Todas fuerzas trabajaron sin cesar para modelarme y deleitarme,

Y ahora estoy aquí, en este lugar,

Como mi alma robusta.

¡Oh, ámbito de la juventud! ¡Oh, elasticidad incansable!

¡Oh, madurez equilibrada, plena y cabal!

Mis amantes me ahogan,

Oprimen mis labios, se agolpan sobre los poros de mi piel,

Me empujan por las calles y por las tabernas y vienen a mí desnudos, de noche,

Y de día me gritan su saludo desde las rocas del río meciéndose y cantando sobre mi cabeza,

Mi llaman desde los canteros, desde los viñedos, desde la intrincada maleza,

Aciertan con cada instante de mi vida,

Acarician mi cuerpo con suaves caricias balsámicas,

Arrancan en silencio manojos de su corazón y me los entregan.

¡Vejez que asciende espléndidamente! ¡Bienvenida seas, gracia inefable de días que mueren!

Cada edad no sólo se proclama a sí misma, sino a las anteriores y venideras,

Y el oscuro silencio proclama tanto como las otras.

Abro de noche la ventana y miro las dispersas estrellas,

Y las que veo lindan con el principio de otras estrellas.

Se extienden más y más, se extienden sin fin.

Hasta afuera, hacia afuera y siempre hacia afuera.

Mi sol tiene su sol y dócilmente gira en torno suyo,

Forma con sus compañeros un grupo de círculos más amplios,

Y lo siguen otros mayores al lado de los cuales los más amplios son puntos.

Nada se detiene, nada se detendrá,

Si yo, tú y los mundos y todo lo que existe sobre su superficie o debajo,
fuéramos reducidos de nuevo a una pálida nebulosa, a la larga no importaría,

Seguramente alcanzaríamos la etapa en que estamos ahora,

Y seguiríamos sin duda más lejos y más lejos aún.

Algunos cuatrillones de eras, algunos octillones de leguas cúbicas no ponen
en peligro el proceso ni lo impacientan,

Todos son partes, todo no es otra cosa que una parte.

Por más lejos que mires, siempre habrá más allá el espacio sin límites,

Por más que cuentes, siempre habrá antes y después el tiempo sin límites.

Mi cita ha sido prefijada, segura;

Dios estará ahí esperándome.

Me ha tocado en suerte, lo sé, lo mejor del tiempo y del espacio; nunca he sido medido y no seré medido jamás.

El viaje que emprendo es eterno (¡que todos me oigan!).

Mis signos son un capote contra la lluvia, fuertes zapatos y un bastón cortado en el bosque,

En mi silla no seestean los amigos,

No tengo cátedra ni iglesia ni filosofía,

No llevo a ningún hombre a una mesa puesta, a la biblioteca, a la bolsa,

Pero a cada uno de vosotros, hombre o mujer, lo llevo a una cumbre,

Mi brazo izquierdo ciñe tu cintura,

Mi derecha señala los continentes y el gran camino.

Ni yo ni ningún otro puede andar por ti ese camino,

Eres ni quien debe andarlo.

No queda lejos, está a tu alcance,

Quizá estabas en él desde que naciste y no lo has sabido,

Quizá esté en todas partes, en mar y en tierra.

Échate tus prendas al hombro, hijo mío, y yo traeré las mías y apresurémonos;

Ciudades prodigiosas y naciones libres nos saldrán al paso.

Si te cansas, dame las dos cargas y apoya tu mano en mi cadera,

Y a su debido tiempo me devolverás el mismo servicio,

Porque ya emprendida la marcha nunca descansaremos.

Esta mañana, antes del alba, subí a una colina para mirar el cielo poblado,

Y le dije a mi alma: Cuando abarquemos esos mundos, y el conocimiento y el goce que encierran, ¿estaremos al fin hartos y satisfechos?

Y mi alma dijo: No, una vez alcanzados esos mundos proseguiremos el camino.

Tú también me interrogas y yo te escucho,

Contesto que no puedo contestar, tú mismo debes encontrar la respuesta.

Siéntate un momento, hijo mío,

Aquí tienes pan para comer y leche para que bebas,

Pero después de haber dormido y haber cambiado de ropa te beso con el beso del adiós y te abro la puerta para que salgas.

Demasiado tiempo has perdido en sueños deleznable,

Ahora te quito la venda de los ojos,

Debes acostumbrarte al brillo de la luz y de cada momento de tu vida.

Demasiado tiempo has vadeado, asido de una tabla en la orilla,

Ahora quiero que seas un nadador, que te arrojes al mar, que reaparezcas,
que me hagas una seña, que grites y que agites el agua con tus cabellos.

47

Soy el maestro de atletas,

Quien pecho a pecho prueba la mayor anchura del suyo, prueba que el mío
es ancho,

Nadie honra mi estilo mejor que el que aprende en él a destruir al maestro.

El muchacho que quiero no se hará hombre por la fuerza que yo le infunda,
sino por derecho propio,

Será malo antes que virtuoso por mera conformidad o temor,

Querrá a su novia, saboreará la carne que come,

El no correspondido amor o el desdén lo harán sufrir más que el filo de un

acero,

Será el primero en la doma de caballos, en la pelea, en dar en el blanco, en manejar un barco, en cantar o en tocar el banjo,

Preferirá las cicatrices, las barbas, la piel picada de viruelas a los rostros afeitados,

Y las caras curtidas por el sol a las que se cuidan del sol.

Enseño que se alejen de mí ¿pero quién puede alejarse de mí?

Quienquiera que tú seas, empiezo desde ahora a seguirte,

Mis palabras golpearán tus oídos hasta que las entiendas.

No digo estas cosas por un dólar, ni para hacer tiempo mientras llega el vapor,

(Tanto como yo, eres tú el que habla,

Yo soy la lengua que está atada en tu boca y se mueve en la mía).

Juro que bajo techo no volveré a mencionar el amor o la muerte,

Juro que no me confesaré sino con la mujer o el hombre que compartan conmigo el aire libre.

Si quieres entenderme llega a las cumbres o a la orilla del mar.

Cualquier insecto es una explicación, y una gota de agua o la agitación del mar, una clave;

El mazo, el remo, el serrucho apoyan mis palabras.

Ningún cuarto cerrado, ninguna escuela pueden hablar conmigo,

Pero sí la gente ignorante y los niños.

El joven artesano es el que está más cerca de mí, me conoce bien,

El leñador que lleva su hacha y su jarra me lleva con él todo el día,

El peón de chacra que ara el campo se alegra al oír mi voz,

En los navíos que zarpan, zarpan mis palabras, me voy con pescadores y marineros y los amo.

Son míos el soldado en el campamento y el soldado en la marcha,

En la noche anterior a la batalla, muchos me buscan y me mi encuentran,

En esa grave noche (tal vez la última), quienes me conocen me buscan.

Mi rostro loca el rostro del cazador que está acostado solo, envuelto en su manta;

Al carrero que piensa en mí no le importa el sacudón del carro,

La madre joven y la madre anciana me entienden,

La muchacha y la mujer descuidan la aguja un momento y ya no saben dónde están,

Ellas y todos quieren meditar en lo que yo les dije.

Dije que el alma no es más que el cuerpo,

Y dije que el cuerpo no es más que el alma,

Y que nada, ni Dios, es más que uno mismo,

Quien camina una milla sin amor, se dirige a su propio funeral envuelto en su propia mortaja;

Y yo y tú, sin tener un centavo, podemos comprar lo más precioso de la tierra,

Y la mirada de unos ojos o una arveja en su vaina confunden la sabiduría de todos los tiempos,

Y no ha y oficio ni profesión en los cuales el joven que los sigue no pueda ser un héroe,

Y no hay cosa tan frágil que no sea el eje de las ruedas del universo,

Y digo a cualquier hombre o mujer: Que tu alma esté serena y en paz ante millones de universos.

Y digo a la Humanidad: no hagas preguntas sobre Dios,

Porque yo que pregunto tantas cosas, no hago preguntas sobre Dios,

(No hay palabras capaces de expresar mi seguridad ante Dios y la muerte)

Escucho y veo a Dios en cada cosa, pero no lo comprendo en lo más mínimo,

Ni comprendo cómo pueda existir algo más prodigioso que yo mismo.

¿Por qué desearía yo ver a Dios mejor que en este día?

Algo veo de Dios en cada hora de las veinticuatro y en cada uno de sus minutos,

En el rostro de los hombres y de las mujeres veo a Dios, y en mi propio rostro en el espejo;

Encuentro cartas de Dios tiradas por la calle y su firma en cada una,

Y las dejo donde están porque sé que dondequiera que vaya

Otras llegarán puntualmente.

49

Y en cuanto a ti, Muerte, y a ti, amargo abrazo mortal, es inútil que trates de asustarme.

Sin vacilar llega el partero para cumplir su obra,

Veo su diestra mano que oprime, recibe, sostiene,

Y me inclino al borde de las exquisitas puertas flexibles,

Y observo la salida y observo la liberación y el alivio.

Y en cuanto a ti, Cadáver, pienso que eres un buen abono, pero eso no me desagrada,

Aspiro a la fragancia de las rosas blancas que de ti brotan,

Beso las flores que fueron labios, toco los pulidos senos de los melones

Y en cuanto a ti, Vida, pienso que eres la herencia de muchas muertes

(Sin duda he muerto ya diez mil veces).

Os oigo murmurar ahí arriba, estrellas del cielo,

Oh soles, oh hierba de las tumbas, oh perpetuas transferencias y
promociones,

Si vosotros no decís nada, ¿qué puedo decir yo?

Del estanque turbio que lleva el bosque otoñal,

De la luna que se pierde en el precipicio del doliente crepúsculo,

Caed chispas del día y de la tarde —caed sobre los negros tallos que se
pudren en el barro,

Caed sobre el confuso lamento de las ramas secas.

Asciendo de la luna, asciendo de la noche,

Comprendo que el resplandor espectral es el reflejo del mediodía,

Y desemboco en la continua corriente central con los pequeños y grandes seres.

50

Algo hay en mí —no sé lo que es— pero sé que está en mí.

Tenso y sudoroso —sereno y frío se hace luego mi cuerpo,

Duermo—, largamente duermo.

No la conozco —no tiene nombre, es una palabra no dicha,

No está en ningún diccionario, expresión o símbolo.

Gira sobre algo que es más que la tierra que me sostiene,

La creación es su amigo que me despierta con su abrazo.

Acaso yo podría decir más. ¡Bosquejos! —abogo por mis hermanos y por mis hermanas.

¿La veis, hermanos, hermanas?

No es el caos ni la muerte —es la forma, la unión, el orden—, es la vida eterna, es la Felicidad.

51

El pasado y el presente se borran, los he colmado, los he agotado,

Ahora me dispongo a colmar mi parte del futuro.

¡Tú, que me escuchas allá arriba! ¿Qué tienes que confiarme?

Comprendo que el resplandor espectral es el reflejo del mediodía,

Mira mi cara mientras aspiro el olor de la tarde,

(Habla sinceramente, nadie nos oye, sólo nos queda un minuto).

¿Me contradigo?

Muy bien, me contradigo.

(Soy amplio, contengo multitudes).

Me dirijo a los que están cerca y espero en el umbral.

¿Quién ha concluido su tarea? ¿Quién concluirá más pronto la cena?

¿Quién quiere salir a pasear conmigo?

¿Hablarás antes que me vaya? ¿Y estás fallándome?

El manchado halcón pasa al vuelo, me reprocha mi charla y mi demora.

A mi tampoco me han domado, yo también soy intraducible,

Lanzo mi graznido salvaje sobre los tejados del mundo.

El último fulgor del día se detiene a esperarme,

Arroja mi sombra como las otras y no menos fiel que las otras sobre la opaca
llanura,

Me atrae hacia la niebla y la penumbra.

Me alejo como el aire, agito mis blancos rizos hacia el sol fugitivo,

Viendo mi carne en remolinos y la disperso en jirones de espuma.

HIJOS DE ADÁN

AL JARDÍN, AL MUNDO

Al jardín, al mundo , ascendiendo de nuevo,

Anunciando potentes compañeras, hijas, hijos,

Significando y siendo el amor, la vida de sus cuerpos,

Contemplo con curiosidad mi resurrección después del largo sueño,

Los ciclos que giran en vastas órbitas me han traído de nuevo,

Amorosos, maduros, todos hermosos para mí, todos maravillosos,

Mis miembros y el vibrante fuego que siempre los anima, asombrosos,

Existiendo, penetro y sigo penetrando en todas las cosas,

Satisfecho con el presente, satisfecho con el pasado,

A mi lado o detrás Eva me sigue,

O me precede y yo la sigo.

DE DOLIENTES RÍOS ENCAJONADOS

De dolientes ríos encajonados,

De aquello de mí, sin lo cual yo no sería nada,

De lo que he decidido hacer ilustre, aunque me quede solo entre los hombres,

De mi propia voz resonante cantando al falo,

Cantando el canto de la procreación,

Cantando la necesidad de soberbios niños y, en ellos, de soberbios adultos,

Cantando el ímpetu muscular y la unión,

Cantando el canto del compañero de lecho (¡oh, anhelo irresistible!

¡Oh, para todos y para cada uno, la atracción del cuerpo correspondiente!

¡Oh, para ti, quienquiera que seas, tu cuerpo correspondiente, ese cuerpo
deleitándote más que todo!)

Del roer que día y noche me devora,

De momentos elementales, de instantes pudorosos, cantándolos,

Buscando alguna cosa no encontrada, aunque la busqué tantos años,

Cantando el verdadero canto del alma incierta y al azar,

Renaciendo con lo más torpe de la Naturaleza o entre animales;

Con eso, con ellos y con todo lo que los acompaña informo mis poemas,

Del olor de manzanas y de limones, del acoplamiento de pájaros,

De los húmedos bosques, de las olas que se deslizan,

Del empuje de las olas sobre la tierra, yo cantándolas,

Ejecutando a media voz el preludio, anticipando la melodía,

La cercanía bien venida, la contemplación del cuerpo perfecto,

El nadador desnudo en la pileta o flotando de espaldas,

La forma femenina que se acerca, carne de amor, trémula y dolorida,

Preparo la divina enumeración para mí mismo, para ti o para cualquiera,

El rostro, los miembros, el índice de pies a cabeza y lo que suscita,

El místico delirio, la locura amorosa, la entrega total,

(No hables, acércate, escucha lo que te estoy diciendo al oído,

Te quiero, me posees por entero,

Oh, huir tú y yo de los demás, irnos de una vez, libres y sin ley,

Dos gavilanes en el aire, dos peces en el mar, no son más libres que nosotros),

La furiosa tormenta atravesándome, yo temblando de pasión,

El juramento de ser inseparables y de estar juntos, de la mujer que me ama y a quien yo amo más que a mi vida, atándome a ese juramento,

¡Oh, todo lo arriesgo por ti!

¡Aniquilarme si es preciso!

¡Oh, tú y yo! ¿qué nos importa lo que los otros hagan y piensen?

¿Qué es todo lo demás para nosotros? Gocémonos los dos y agotémonos, si así tiene que ser.)

Del Capitán, del piloto a quien entrego la nave,

Del General que me ordena, que ordena a todos y a quien pido permiso,

A veces apresurando el programa (demasiado tiempo me he demorado)

Del sexo, de la urdimbre y de la trama,

De la soledad, de la repetida zozobra,

De tanta gente cerca, pero no la persona que me hace falta,

Del suave deslizarse de unas manos sobre mi cuerpo, y de los dedos que penetran en mi cabello y en mi barba,

Del largo beso prolongado sobre la boca o el pecho,

De la estrecha presión que me embriaga a mí o a cualquier hombre, matándome de hartura,

De lo que el divino esposo no ignora de la obra de la paternidad,

De la exultación de la victoria y del alivio, del abrazo de la compañera en la noche,

Del poema viviente de los ojos, de las manos, de las caderas y de los pechos,

Del brazo tembloroso que se aferra,

Del cuerpo que se curva y de la lucha,

De lado a lado, nuestros pies que rechazan la manta,

De la que no quiere dejarme y a la que no quiero dejar,

(Un momento, oh tierna que me esperas, y ya vuelvo),

De la hora de las estrellas que resplandecen y del rocío que cae,

Emergiendo de la noche, asomándome,

Yo te celebro, acto divino, y a vosotros, engendrados hijos,

Y a vosotras, fuertes entrañas.

YO CANTO AL CUERPO ELÉCTRICO

1

Yo canto al cuerpo eléctrico,

Me abrazan los ejércitos de quienes amo y yo los abrazo,

No han de soltarme hasta que yo vaya con ellos, hasta que les responda,

Hasta que yo los purifique y los colme con la carga de mi alma.

¿No es sabido que quienes corrompen su cuerpo están ocultándose?

¿Y quienes profanan a los vivos son tan viles como quienes profanan a los muertos?

¿Y que el cuerpo no vale menos que el alma?

¿Y si el cuerpo no fuese alma, qué es el alma?

2

El alma del cuerpo de un hombre o del cuerpo de una mujer no admite explicación,

El cuerpo del hombre es perfecto, y es perfecto el cuerpo de la mujer.

La expresión de la cara no admite explicación,

Pero la expresión de un hombre cabal no sólo está en la cara,

Está en los miembros y en las coyunturas también, está, curiosamente, en las coyunturas de las caderas y de las muñecas,

Está en su andar, en el porte de su cuello, en la flexión del talle y de las rodillas; la ropa no la oculta;

Su fuerte y dulce identidad se abre paso a través del algodón y la lustrina,

Verlo pasar expresa tanto como el mejor poema, y acaso más,

Os detenéis para mirar su espalda y su nuca y sus hombros.

La negligencia y la redondez de los niños, los senos y las cabezas de las mujeres, los pliegues de sus vestidos, su andar al cruzarse en la calle con nosotros, el contorno de sus caderas,

El nadador desnudo en la pileta atravesando el transparente resplandor verde y tendido de espaldas y silenciosamente flotando sobre las agitadas aguas,

El rítmico balanceo de los remeros en los botes de remo, el jinete en su silla

Muchachas, madres, amas de llaves en todas sus tareas,

El grupo de trabajadores sentados al mediodía ante la comida y sus mujeres que les sirven,

La mujer que sosiega al niño, la hija del granjero en el huerto o en el establo,

el peón que está carpiendo el maizal, el conductor del trineo que guía entre la turba a sus seis caballos,

El forcejear de los que luchan, dos aprendices ya crecidos, animosos, afables, americanos, en el baldío al atardecer después del trabajo,

Los sacos y las gorras tiradas, el abrazo del amor y de la resistencia,

El abrazo de arriba y el de abajo, el pelo revuelto que les encegué los ojos;

La marcha de los bomberos uniformados, el juego de los músculos varoniles a través de los pantalones ceñidos y de los cintos,

El cansado regreso desde el incendio, la pausa cuando la campana vuelve a sonar y su llamado los detiene,

Las diversas actitudes, espontáneas, perfectas, la cabeza inclinada, los cuellos encorvados y el contar;

A ellos los quiero, me suelto, paso sin traba y estoy en el regazo de la madre con el pequeño,

Nado con los que nadan, lucho con los que luchan, marchó con los bomberos y me detengo, escucho, cuento.

Conocí a un hombre, un sencillo granjero padre de cinco hijos,

Y éstos los padres de otros, y éstos los padres de otros hijos.

Este hombre era de una fuerza maravillosa, sereno, hermoso,

La forma de su cabeza, el amarillo claro y la blancura y la blancura de su pelo y su barba, la insondable profundidad de sus ojos negros, la plenitud y la riqueza de sus modales;

Para ver esas cosas yo solía ir a visitarlo, era sabio también,

Tenía seis pies de estatura y ya había cumplido ochenta años; sus hijos fornidos, puros, barbados, de piel curtida, hermosos;

Ellos y sus hijas lo querían, todos quienes lo vieron lo querían,

No lo querían por costumbre, lo querían con amor personal,

No bebía más que agua, la roja sangre se traslucía en su piel morena,

Le gustaba cazar y pescar, dirigía él mismo su bote, era dueño de un fuerte bote que un armador le había regalado, tenía escopetas que hombres que lo querían le habían regalado;

Cuando salía con sus cinco hijos y con sus muchos nietos a cazar o a pescar, lo hubiera señalado como el más hermoso y el más fuerte de todos,

Habrías deseado quedarte con él mucho tiempo, habrías deseado estar en el bote para poder tocarlo.

4

Me he dado cuenta de que basta estar con los que uno quiere,

Me basta demorarme al atardecer con aquellos que quiero,

Me basta sentir cerca la hermosa carne, la carne que es curiosa, que respira y que ama.

¿Pasar entre la gente y tocar alguno, o rozar con el brazo el cuello de un hombre o de una mujer, no es esto mucho?

No pido otra alegría, nado en ella como en el mar.

Hay algo en estar cerca del hombre y de mujeres y de mirarlos, y en su contacto y en su olor, que es grato al alma,

Todas las cosas son gratas al alma, pero esta es la más grata.

5

Esta es la forma femenina

Exhala de pies a cabeza una divina aureola,

Atrae con irresistible atracción,

Me atrae su aliento como si yo no fuera otra cosa que un indefenso vaho, todo desaparece salvo ese aliento y yo,

Los libros, el arte, la religión, el tiempo, la visible y sólida tierra, y lo que del cielo esperábamos y lo que del infierno temíamos, todo se ha consumido,

Mis frenéticos filamentos, indómitos, brotan de él, a reacción también es indómita,

El pelo, el pecho, las caderas, la curva de las piernas, las negligentes manos que sueltan, las mías que se sueltan,

La marea aguijoneada por el reflujo, el reflujo por la marea, carne de amor henchida y deliciosamente doliendo,

Límpidos, ilimitados chorros de amor, calientes y enormes, trémula jalea de amor, zumo espumoso y delirante,

Noche nupcial de amor que se abre camino con delicadeza y demora en el alba yacente,

Penetrando en el día dócil que cede,

Perdida en el abrazo de la profunda y dulce carne del día.

Este es el núcleo - primero el niño nace de la mujer, el hombre nace de la mujer,

Este es el baño del sexo, ésta la fusión de lo grande y de lo pequeño, y otra vez la salida.

No sintáis vergüenza, mujeres, vuestro privilegio incluye a los otros y es el manantial de los otros,

Sois las puertas del cuerpo y también las puertas del alma.

La mujer encierra todas las cualidades y las afina,

Está en su lugar y avanza con equilibrio perfecto,

En todas las cosas debidamente veladas, es a la vez pasiva y activa,

Su destino es concebir hijas e hijos, y asimismo hijos e hijas.

Veo mi alma que se refleja en la Naturaleza,

Veo a través de una neblina a la Única, de inexpresable plenitud, cordura y
belleza,

Veo la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, veo a la Mujer.

El varón también es el alma, él también está en su lugar.

El también es todas las cualidades, es acción y poder,

La plenitud del hombre visible está en él,

El desdén le sienta, el deseo y el desafío le sientan,

Las pasiones más impetuosas y más vastas, el ápice del gozo, el mayor pesar le conviene, para él se ha hecho el orgullo.

El infinito orgullo del hombre sosiega el alma y la enaltece,

El conocimiento le sienta, siempre le agrada, todas las cosas las somete a su propia prueba,

Sea lo que fuere el examen, sean lo que fueren el mar y la nave, sólo arrojará la sonda en sí mismo.

(¿Dónde, sino en sí mismo, podrá arrojar la sonda?)

Sagrado es el cuerpo del hombre y sagrado es el cuerpo de la mujer,

No importa de quién sea, es sagrado -¿es el del peón más despreciable de la cuadrilla?

¿Es el de uno de los inmigrantes más torpes que acaban de desembarcar en el muelle?

Todos, aquí o allá, tienen su lugar, no menos que el más rico, no menos que tú,

Todos, hombre o mujer, tienen su lugar en la procesión.

(Todo es una procesión,

El Universo es una procesión de paso medido y perfecto.)

¿Tan grande es tu saber que puedes llamar ignorante al más bajo?

¿Te crees acaso con derecho a mirar un bello espectáculo, negado a él o a ella?

¿Piensas que la materia se ha congregado desde su vaga nube y que la tierra ocupa la superficie y que el agua corre y brotan las plantas,

Para ti sólo, y no para él o para ella?

Un cuerpo de hombre en el mercado,

(Porque antes de la guerra yo solía concurrir al mercado y mirar la venta),

Ayudo al rematador; el holgazán no sabe su oficio.

Caballeros, atención a esta maravilla,

Por más que pujen los compradores, no ofrecerán bastante,

Sin un animal ni una planta la tierra tardó quintillones de años en engendrarlo,

Para él giraron pacientes e incesantes los ciclos.

Dentro de esta cabeza, el inexcrutable cerebro,

En él y abajo, la creación de los héroes.

Ved estos miembros, colorados, negros o blancos, sus tendones y nervios son intrincados,

Los desnudarán para que estén bien a la vista.

Sentidos exquisitos, ojos que la vida ilumina, coraje, voluntad,

Láminas de los músculos del pecho, espinazo y cuello flexible, carne tensa,
fuertes brazos y piernas,

Y dentro, aún más prodigios.

Adentro la sangre que corre,

¡La misma antigua sangre! ¡La misma sangre roja que corre!

Ahí se dilata y fluye un corazón, ahí están todas las pasiones, deseos, anhelos,
aspiraciones.

(¿Crees que no están ahí porque no se expresan en salones o en las aulas?)

Este no es sólo un hombre, es el padre de otros, que serán padres a su vez,

En él está el origen de populosos estados y de ricas repúblicas,

En él, innumerables vidas inmortales, innumerables encarnaciones y dichas.

¿Cómo saber quiénes nacerán de su prole a través de los siglos?

(¿De quién supones que has nacido tú mismo si pudieras exhumar los siglos que fueron?)

8

Un cuerpo de mujer en el mercado,

Ella tampoco es sólo ella misma, es la fecunda madre de madres,

Es la que lleva a aquellos que crecerán y serán compañeros de las madres.

¿Amaste alguna vez el cuerpo de una mujer?

¿Amaste alguna vez el cuerpo de un hombre?

¿No ves que son los mismos para todos en todas las naciones y en todas las épocas de la tierra?

Si algo hay sagrado, el cuerpo humano lo es,

Y el esplendor y la dulzura de un hombre son el sello de su hombría sin
mancha,

Y en el hombre o en la mujer, un cuerpo limpio, fuerte, de fibra firme, es más
bello que la cara más bella.

¿Has visto al insensato que profanó su propio cuerpo vivo?

No se ocultan, no pueden ocultarse.

9

¡Oh, cuerpo mío!, no me atrevo a abandonar a tus semejantes en otros
hombres y otras mujeres, ni a los semejantes de las partes que te componen;

Creo que tus semejantes perdurarán o morirán con los semejantes del alma (y
que son el alma),

Creo que tus semejantes perdurarán o morirán con mis poemas, y que son
mis poemas,

Poemas del hombre, de la mujer, del niño, del muchacho, de la esposa, del esposo, de la madre, del padre, del joven y de la joven,

Cabeza, cuello, pelo, orejas, lóbulo y tímpano de la oreja,

Ojos, pestañas, iris del ojo, cejas y la vigilia o sueño de los párpados,

Boca, lengua, labios, dientes, paladar, mandíbulas y articulaciones de las mandíbulas,

Nariz, aletas de la nariz y tabique,

Mejillas, sienes, frente, mentón, garganta, nuca, forma del cuello,

fuertes hombros, barba viril, omóplatos, espalda, y el ámbito del pecho,

Brazo, axila, junta del codo, antebrazo, músculos del brazo, huesos del brazo,

Muñeca y coyunturas de la muñeca, mano, palma, nudillos, pulgar, índice, articulaciones de los dedos, uñas,

Amplio pecho, rizado vello del pecho, esternón, costados,

Costillas, vientre, espinazo, vértebras,

Caderas, articulaciones de las caderas, fuerzas de las caderas, redondez cóncava y convexa, testículos, raíz del hombre,

Muslos, que son la firme base del tronco, Músculos de la pierna, rodilla, rótula, piernas,

Tobillos, empeine, planta del pie, dedos del pie, talón,

Todas las actitudes, todas las bellezas, todos los bienes de mi cuerpo o el tuyo, o del cuerpo de cualquier otro, varón o mujer,

Las celdillas de los pulmones, el estómago, las entrañas dulces y limpias,

El cerebro y sus pliegues dentro del cráneo,

Simpatías, válvulas del corazón, válvulas del paladar, sexo, maternidad,

Lo femenino y todo lo que pertenece a la mujer, y al hombre que nace de la mujer,

El seno, los pechos, los pezones, la leche del pezón, las lágrimas, la risa, el llanto, las miradas de amor, la amorosa inquietud, las erecciones,

La voz, la articulación, el lenguaje, el susurro, el grito,

El alimento, la bebida, el pulso, la digestión, el sudor, el sueño, caminar, nadar,

Porte de las caderas, saltar, recostarse, abrazarse, brazos que se curvan y aprietan,

El continuo movimiento de las comisuras de los labios y de los ojos,

La piel, la mejilla tostada, las pecas, el pelo,

La sensación curiosa de la mano al rozar la desnuda carne del cuerpo,

Los ríos incesantes del aliento, de la inspiración y la exhalación,

La belleza del talle y de las caderas, y más abajo, hasta las rodillas,

Las mínimas partículas rojas que llevo y que tú llevas, los huesos y la médula de los huesos,

La sensación deliciosa de la salud;

Afirmo que estas cosas no sólo son los poemas del cuerpo, sino también del alma,

Afirmo que son el alma

UNA MUJER ME ESPERA

Una mujer me espera, contiene todo y no falta nada,

Pero todo faltaría si faltara el sexo, o si faltara la simiente del hombre suyo.

El sexo todo lo contiene: cuerpos, almas,

Significaciones, pruebas, purezas, delicadezas, resultados y anunciaciones,

Cantos, órdenes, salud, soberbia, el misterio de la maternidad, la leche seminal,

Todas las esperanzas, favores, dones, todas las pasiones, amores, belleza, delicias de la tierra,

Todos los gobiernos, jueces, dioses, jefes de la tierra,

A todos los contiene el sexo, como partes suyas y justificaciones suyas.

Sin rubor el hombre a quien amo sabe y pregonar lo deleitable de su sexo,

Sin rubor la mujer que amo sabe y pregona lo deleitable de su sexo.

Ahora me alejaré de mujeres impasibles,

Iré y me quedaré con la que me espera, y con aquellas de caliente sangre que me satisfagan,

Veo que me comprenden y no me niegan,

Veo que son dignas de mí, seré el robusto marido de esas mujeres.

No valen un ápice menos que yo,

Su rara está curtida por los soles radiantes y por los vientos impetuosos,

Su carne tiene la antigua agilidad y fuerza divina,

Saben remar, nadar, andar a caballo, luchar, disparar el arco, correr, golpear, retroceder, avanzar, resistir, defenderse,

Son por derecho propio inexorables, serenas, claras, seguras de sí mismas.

¡Mujeres, os estrecho contra mí!

No consentiré que os vayáis, os haré un bien,

Soy para vosotras, y vosotras sois para mí, no sólo para nosotros, sino para los demás,

En vosotras duermen héroes y poetas,

No quieren despertar sino a mi contacto.

Soy yo, mujeres, me abro camino,

Soy severo, agrio, fuerte, obstinado, pero os amo,

No os daño más que lo necesario,

Derramo la materia de la que saldrán hijos e hijas dignos de esta República y empujo con rudo y lento músculo,

Me uno enteramente a vosotras, no hago caso de súplicas,

No me atrevo a irme sin haber depositado lo que durante tanto tiempo se ha acumulado en mí.

Vierto en vosotras mis ríos encajonados,

En vosotras envuelvo un miliar de años venideros,

En vosotras injerto lo más precioso de mí y de América,

De las gotas que destilo sobre vosotras, saldrán hijas resueltas y atléticas, nuevos artistas, músicos y cantores,

Los niños que en vosotras engendro habrán de engendrar otros niños,

En mis derroches de amor, exijo hombres y mujeres perfectas,

Espero que se compenetrarán con otros, como nosotros nos compenetramos ahora,

Confío en la efusión de sus manantiales, así como confío en la efusión de mis manantiales presentes.

Espero brotes amorosos de nacimiento, de la vida, de la muerte, de la inmortalidad, que con tanto amor siembro ahora.

MI ESPONTÁNEO YO

Mi espontáneo yo, la Naturaleza,

El amoroso día, el sol ascendente, el amigo con el cual soy feliz,

El brazo de mi amigo rodeándome ociosamente el cuello,

La colina blanqueada por las flores de los serbales,

O, hacia el fin del otoño, los matices del rojo, del amarillo, del gris, del morado, y del verde oscuro y del verde claro,

La densa capa de la hierba, de los animales, de los pájaros, la íntima ribera descuidada, las manzanas elementales, las piedras,

Los hermosos guijarros en el agua, la negligente lista de uno tras uno, mientras los llamo o pienso en ellos,

Los poemas genuinos (los que llamamos poemas no son otra cosa que imágenes),

Los poemas de la intimidad de la noche y de hombres como yo,

Este poema pudoroso y no visto que siempre me acompaña y que acompaña a todos,

(Sabedlo de una vez, lo declaro, que donde hay hombres como yo, nuestros vehementes y varoniles poemas acechan),

Pensamientos de amor, savia de amor, fragancia de amor, enredaderas del amor y la savia que asciende,

Brazos y manos del amor, labios del amor, fálico pulgar del amor, pechos del amor, vientres unidos y pegados por el amor,

Tierra de casto amor, vida que sólo es vida tras el amor,

El cuerpo de mi amor, el cuerpo de la mujer que amo, el cuerpo del hombre, el cuerpo de la tierra,

Suaves brisas de la mañana que soplan del sudoeste,

La abeja hirsuta que murmura y zumba de arriba abajo, que aprieta la femenina flor adulta, que la dobla con sus patas amorosas y firmes y se mantiene trémula y tensa hasta sentirse satisfecha;

1La humedad de los bosques en el alba,

Dos que en la noche duermen, abrazados, uno con el brazo extendido bajo la cintura del otro,

El olor de las manzanas, el aroma de la salvia pisada, de la menta, de la corteza del abedul,

Los anhelos del muchacho, la cercanía y el ardor cuando me confía lo que estaba soñando,

La muerta que gira en espiral y cae al suelo, quieta y contenta,

Los indefinidos estímulos de las cosas que veo, de la gente, de los objetos,

Las incipientes picaduras con que me hostigan no menos que a los otros,

Los hermanos, orbiculares, sensibles, agazapados, a los que sólo pueden llegar manos privilegiadas,

La curiosa exploradora, la mano que explora todo el cuerpo, la carne pudorosa que se retrae, donde los dedos que apaciguan se demoran y se hunden,

La límpida simiente del muchacho,

La inquieta corrosión, tan pensativa y tan dolorosa,

El tormento, la perpetua marea que no se calma,

Lo que siento y sienten los otros,

El muchacho que se sonroja y se sonroja, y la muchacha que se sonroja y se sonroja,

El muchacho que se despierta en la alta noche, la mano febril que quiere reprimir lo que lo domina,

La mística noche de amor, los indecisos bienvenidos ardores, el ardor, las visiones,

El pulso de la sangre en las palmas y en los dedos crispados, el muchacho encendido, avergonzado, airado;

La espuma que me arroja mi amante, el mar, mientras yazgo sumiso y desnudo,

El alborozo de los niños gemelos que se arrastran al sol sobre la hierba, y los ojos vigilantes de la madre que no se aparta de ellos,

El tronco del nogal, la cáscara de sus frutos y la larga y redondeada nuez,
madura o madurando,

La continencia de las plantas, de los animales, de los pájaros,

Mi bajeza, si me escondiera o me juzgara impuro, cuando los animales nunca
se esconden ni se juzgan impuros,

La castidad del padre ante la castidad de la madre,

El juramento de procreación que he prestado, mis hijas adánicas y frescas,

El ansia que día y noche me roe, consumiéndome vorazmente, hasta colmar a
otros con lo que producirá muchachos y muchachas cuando yo me haya ido,

El saludable alivio, el reposo, el estar satisfecho,

Y este racimo que el azar arrancó de mí mismo,

Ha cumplido con su misión, lo arrojo, indiferente, para que caiga donde
caiga.

UNA HORA DE LOCURA Y DE DICHA

¡Una hora de locura y de dicha! ¡Oh, locura furiosa, no me encierres!

(¿Qué será esto que me desata en tormentas?

¿Qué significan mis gritos entre los relámpagos y huracanes?)

¡Oh, beber los delirios místicos más hondamente que otro alguno!

¡Oh, salvaje y tierno dolor! (Hijos míos, os los dejo en herencia,

Yo tengo mis razones para contarlos, hombre y mujer).

¡Oh, entregarme a ti, quienquiera que seas, y que tú te entregues a mi, a despecho del mundo!

¡Oh, regresar al Paraíso! ¡Oh, pudorosa y femenina!

¡Oh, atraerte a mí, o hacer que sientas por primera vez el beso de un hombre!

¡Oh, el enigma, el enigma triple, el estanque oscuro y profundo, desatados e iluminados!

¡Oh, volar a la región en la que hay por fin espacio y aire suficientes!

Librarse de previas ataduras y convenciones, yo de las mías, tú de las luyas,

¡Descubrir una nueva indolencia insospechada en lo mejor de la Naturaleza!

¡Librarme, al fin, de la mordaza!

Sentir hoy o cualquier otro día, que me basto tal como soy.

¡Oh, algo no demostrado! ¡Oh, algo en un sueño!

¡Escapar de las anclas y de las trabas de los demás!

¡Avanzar libremente! ¡Amar libremente! ¡Lanzarme temerario y peligroso!

¡Desafiar a la destrucción con burlas y con invitaciones!

¡Ascender, llegar al cielo del amor para mí prefijado!

¡Llevarme allí con mi alma embriagada!

¡Perderme, si es preciso!

¡Colmar el resto de mi vida con una hora de locura y de libertad!

¡Con una breve hora de locura y de dicha!

DEL OCÉANO RODANTE DE LA MULTITUD

Del incesante océano, de la turba, una gota se me acercó suavemente,

Murmurando: Te amo, pronto habré muerto, larga es la distancia que he recorrido sólo para mirarte y para tocarte,

Porque no podía morir sin haberte visto,

Porque sentí el temor de perderte.

Ahora nos hemos encontrado, nos hemos visto, estamos salvados,

Vuelve en paz al océano, amor mío,

Yo también formo parte del océano, no somos tan distintos,

¡Mira que perfecta es la gran esfera, la cohesión de todas las cosas!

Pero a los dos nos va a separar el mar irresistible,

Esta hora nos ha de separar, pero no eternamente;

No te impacientes —aguarda un instante— mira, saludo al viento, al océano
y a la tierra,

Cada día, al atardecer, te mando mi amor.

CÍCLICAMENTE VUELVO AL CABO DE LARGAS EDADES

Cíclicamente vuelvo al cabo de largas edades,

Ileso, vagabundo, inmortal,

Fálico, animoso, con las potentes entrañas elementales,

Yo, cantor de cantos Adánicos,

Llamando desde el nuevo jardín, el oeste, a las grandes ciudades,

Deliro, preludiando lo engendrado, ofreciendo estos cantos, ofreciéndome,

Bañándome, bañando en el Sexo mis cantos,

Hijos de mis entrañas.

¡DURANTE CUÁNTO TIEMPO NOS ENGAÑARON!

¡Durante cuánto tiempo nos engañaron!

Trasmutados ahora, nos apresuramos a huir como huye la Naturaleza,

Somos la Naturaleza, durante mucho tiempo estuvimos lejos, pero ahora volvemos,

Nos convertimos en plantas, en troncos, en follaje, raíces y cortezas, Estamos asentados en la tierra, somos peñascos,

Somos encinas, crecemos juntos en los claros del bosque,

Pastamos, somos dos en medio de la hacienda bravía, tan espontáneos como los otros,

Somos dos peces que nadan juntos en el mar,

Somos lo que son las flores del algarrobo, derramamos fragancia en los caminos de mañana y de tarde,

Somos también lo sucio de las bestias, de las plantas, de los minerales,

Somos dos aves de rapiña, nos elevamos por el aire y miramos la tierra,

Somos dos soles que deslumbran, somos nosotros dos los que giramos,
cósmicos y estelares, somos como dos cometas,

Merodeamos, cuadrúpedos y feroces, por la espesura, y saltamos sobre la
presa,

Somos dos nubes que se desplazan en lo alto cuando amanece o atardece,

Somos dos mares que se unen, somos esas olas felices que se revuelcan y se
juntan, mojándose,

Somos lo que es la atmósfera, transparentes, hospitalarios, permeables,
impermeables,

Somos nieve, lluvia, frío, tinieblas, somos lo que el planeta engendra y
protege,

Hemos descrito círculos hasta volver los dos al hogar,

Hemos vaciado todo, salvo la libertad y nuestra alegría.

¡OH, HIMEN! ¡OH, HIMENEO!

¡Oh, himen! ¡Oh, himeneo! ¿Por qué me tantalizas así?

¿Por qué me punzas un instante y me dejas?

¿Por qué no puedes proseguir? ¿Por qué cesas ahora?

¿Será porque si duraras un solo instante más me matarías?

YO SOY EL DOLORIDO DEL AMOR

Yo soy el dolorido del amor,

¿No gravita la tierra, no atrae la dolorida materia a la materia?

Así, mi cuerpo atrae a todos aquellos que encuentro o que conozco.

MOMENTOS ELEMENTALES

Momentos elementales —cuando me sorprendéis— ¡oh, ahora estáis aquí!

Sólo os pido los goces de la lascivia,

El chorro de mi pasión, la vida exuberante y grosera, hoy iré en busca de los hijos predilectos de la Naturaleza y esta noche también,

Yo soy de los que creen en goces carnales, comparto las orgías de los muchachos a medianoche,

Bailo con los que bailan y bebo con los que beben,

Resuena el eco de nuestros gritos indecentes, elijo para amigo preferido la persona más baja,

Será rebelde, rudo, iletrado, será uno que los otros condenan por sus delitos,

No seguiré representando, ¿por qué habré de renunciar a mis compañeros?

¡Ah, gente a la que todos rehuyen, yo al menos no huyo de vosotros,

Me mezclo con vosotros, seré vuestro poeta,

Seré más para vosotros que para nadie!

PASÉ UNA VEZ POR UNA POPULOSA CIUDAD

Pasé una vez por una populosa ciudad grabando en la memoria, para el futuro, sus espectáculos, arquitectura, costumbres, tradiciones,

Pero ahora de toda esa ciudad sólo recuerdo una mujer que conocí por casualidad y que me demoró con su amor,

Día tras día y noche tras noche estábamos juntos, todo lo demás lo he olvidado,

Sólo me acuerdo, lo repito, de esa mujer que se aferraba a mí con pasión,

De nuevo caminamos, nos queremos, de nuevo nos decimos adiós,

De nuevo me retiene la mano, no quiere que me vaya.

Vuelvo a verla a mi lado con silenciosos labios, triste y temblando.

OS HE OÍDO, GRAVES Y DULCES TUBOS DEL ÓRGANO

Os he oído, graves y dulces tubos del órgano, cuando pasé frente a la iglesia el domingo por la mañana,

Vientos del otoño, atravesando el bosque al atardecer oí en lo alto vuestros largos suspiros quejumbrosos,

Oí al perfecto tenor italiano que cantaba en la ópera, oí cantar a la soprano en medio del cuarteto;

¡Corazón de mi amor!, también a ti te oí susurrar a través de una de tus manos, posada en mi cabeza,

Cuando todo estaba en silencio, oí latir tu pulso, tocando en la noche campanitas bajo mi oído.

MIRANDO AL OESTE DESDE LAS COSTAS DE CALIFORNIA

De cara al oeste, desde las costas de California,

Buscando infatigable lo que aún no ha sido encontrado,

Yo, un niño muy viejo, miro sobre las olas la casa de la maternidad, la tierra de las migraciones,

Miro desde las costas de mi mar del oeste, casi cumplido el círculo;

Porque habiendo partido hacia el oeste, desde la India, desde los valles de Cachemira,

Desde Asia, desde el norte, desde el Dios, el sabio y el héroe,

Desde el sur, desde las floridas penínsulas y las islas de las especias,

Habiendo errado mucho tiempo, habiendo errado alrededor de la tierra,

Ahora alegre y feliz miro mi antigua casa.

(¿Adónde está lo que busco desde hace tanto tiempo?

¿Y por qué todavía no lo encontré?)

COMO ADÁN, TEMPRANO POR LA MAÑANA

Como Adán, temprano por la mañana,

Saliendo del retiro del bosque, renovado por el descanso,

Mírame cuando paso, oye mi voz, acércate,

Tócame, tócame con la palma de la mano cuando yo paso,

No tengas miedo de mi cuerpo.

CALAMUS

HISTORIADORES DE LOS TIEMPOS FUTUROS

Historiadores de los tiempos futuros,

Venid, os mostraré lo que se oculta bajo esta apariencia impasible, os confiaré lo que debéis decir de mi,

Publicad mi nombre y colgad mi retrato como el del amante más tierno,

El retrato del amigo, del amante, a quien su amigo, su amante, quería más,

Que no se enorgullecía de sus cantos, sino del insondable océano de amor que había en él y que prodigaba sin tasa,

Que emprendía solitarias caminatas pensando en sus queridos amigos, en sus amantes,

Que, pensativo, lejos de aquel a quien amaba, no podía dormir en toda la noche, desventurado,

Que conocía bien, demasiado bien, el temor de que el amado sintiera indiferencia por él,

Cuyos días más felices fueron los que pasó en los campos, en los bosques, en las colinas, él y el otro caminando tomados de la mano, alejados los dos de los otros hombres,

Que solía andar por las calles rodeando con el brazo el cuello del amigo, mientras el brazo de su amigo descansaba sobre él.

CUANDO SUPE AL DECLINAR EL DÍA

Cuando supe al declinar el día que mi nombre había sido aplaudido en el Capitolio, no fue feliz para mí la noche de aquel día,

Y cuando me embriagué o cuando mis planes tuvieron éxito, tampoco fui feliz,

Pero el día en que al alba me levanté del lecho de la salud perfecta, renovado, cantando, aspirando el fresco aliento del otoño,

Cuando vi palidecer en el oeste a la luna llena y perderse en la luz de la mañana,

Cuando erré solo por la playa, y desnudo me sumergí en el mar y me reí con las aguas frescas y vi la salida del sol,

Y cuando pensé que mi querido amigo, mi amante, estaba ya en camino, entonces fui feliz,

Entonces cada aliento fue más dulce, y durante aquel día la comida me alimentó mejor y el día hermoso pasó bien,

Y el día siguiente llegó con la misma alegría, y con el otro al atardecer llegó mi amigo,

Y aquella noche cuando todo estaba en silencio oí las lentas aguas incesantes que subían por la playa,

Y el susurro de las aguas y de la arena, como si quisieran felicitarme,

Pues aquél, a quien amo, estaba dormido a mi lado bajo la misma manta en la noche fresca,

Bajo la quieta luna del otoño su rostro me miraba,

Y su brazo descansaba sobre mi pecho, y aquella noche fui feliz.

MIRAD ESTA CARA CURTIDA

Mirad esta cara curtida, estos ojos grises,

Esta barba, estas blancas guedejas desaliñadas sobre mi cuello,

Mis manos morenas y mi aire quieto y sin encanto,

Pero llega un hombre de Manhattan y al decirme adiós me besa en los labios
con vigoroso amor,

Y yo al cruzar la calle o en la cubierta del barco le doy un beso en cambio.

Cumplimos ese saludo de camaradas americanos en mar y tierra,

Somos esas personas espontáneas y descuidadas.

VI EN LOUISIANA CRECER UNA ENCINA

Yo vi una encina que crecía en Louisiana,

Estaba sola y de sus ramas colgaba el musgo,

Sin un compañero se erguía ahí prodigando felices hojas de un verde oscuro,

Y su aspecto rudo, inflexible, animoso, hizo que yo pensara en mí,

Pero me asombró que fuera capaz de prodigar hojas felices, sola, sin un amigo cerca; yo no podría hacer lo mismo,

Y arranqué una ramita con cierto número de hojas y con ellas entretejí un poco de musgo,

Y me la llevé y le di un lugar en mi cuarto,

No la preciso para recordar a mis queridos amigos,

(Porque creo que últimamente casi no pienso en otra cosa),

Pero es un curioso símbolo para mí, me hace pensar en el amor viril,

A pesar de ello y aunque la encina sigue resplandeciendo en Louisiana, sola en su llanura,

Prodigando felices hojas toda su vida, sin un amigo ni un amante,

Yo no podría hacer lo mismo.

NO LABOR

Ni una máquina para ahorrar el trabajo,

Ni un descubrimiento he dejado,

Ni podré legar una suma para fundar un hospital o una biblioteca,

Ni la memoria de una hazaña por América,

Ni un éxito literario o intelectual, ni un libro para los anaqueles,

Sólo unas pocas melodías quedarán vibrando en el aire,

Para camaradas y amantes.

LLENO DE VIDA AHORA

Lleno de vida ahora, concreto, visible,

Yo, de cuarenta años de edad, en el año octogésimo tercero de los Estados,

A quien viva dentro de un siglo, dentro de cualquier cifra de siglos,

A ti, que no has nacido aún, a ti te buscan estos cantos.

Cuando los leas, yo que era visible seré invisible,

Ahora eres tú, concreto, visible, el que los lee, el que los busca,

Imaginando lo feliz que serías si yo estuviera a tu lado y fuera tu amigo;

Sé tan feliz como si yo estuviera a tu lado. (No estés demasiado seguro de que no esté contigo)

RIACHOS DE OTOÑO

A UNA PROSTITUTA CUALQUIERA

Serénate —no estés incómoda conmigo—, yo soy Walt Whitman, generoso y lleno de vida como la Naturaleza,

Mientras el sol no te rechace, no te rechazaré,

Mientras las aguas no se nieguen a brillar para ti y las hojas a

susurrar para ti, mis palabras no dejarán de brillar y de susurrar para ti.

Mi niña yo te cito y te pido que te prepares para ser digna de encontrarte conmigo,

Y te pido que seas paciente y perfecta hasta que yo venga.

Hasta entonces te saludo con una mirada expresiva para que no me olvides.

CANTOS DE DESPEDIDA

¡ADIÓS!

Para concluir, anuncio lo que vendrá después.

Recuerdo que dije antes de que brotaran mis hojas,

Que alcanzaría mi voz jocunda y fuerte para honrar las consumaciones.

Cuando América ejecute lo prometido,

Cuando recorran estos Estados cien millones de personas espléndidas,

Cuando los otros se abran para dar paso a los mejores y colaboren con ellos,

Cuando los hijos de las madres más perfectas sean el signo de América,

Entonces para mí y para los míos, nuestra fruición cabal.

Me he adelantado por derecho propio,

He cantado el cuerpo y el alma, la guerra y la paz, he cantado las canciones de la vida y la muerte,

Y las canciones del nacimiento, y he probado que hay muchos nacimientos.

He ofrecido mi estilo a cada cual, he viajado con paso firme;

En esta plenitud de mi alegría, yo susurro: ¡Hasta luego!

Y por última vez estrecho la mano de la muchacha y del muchacho.

Anuncio el advenimiento de personas elementales,

Anuncio a la justicia triunfante,

Anuncio intransigentes igualdades y libertades,

Anuncio la justificación de la sinceridad y la justificación del orgullo.

Anuncio que la unidad de estos Estados es una sola unidad,

Anuncio que la Unión será indisoluble y compacta,

Anuncio majestades y esplendores que harán palidecer a todas las políticas de la tierra.

Anuncio afinidades, declaro que serán firmes, ilimitadas,

Digo que encontrarás al amigo que buscas.

Anuncio que un hombre o una mujer vendrán; tal vez eres tú (!hasta luego!).

Anuncio al gran individuo, fluido como la Naturaleza, casto, afectuoso, compasivo, armado plenamente.

Anuncio una abundante vida, vehemente, espiritual, audaz,

Anuncio un fin que aceptará serena y alegremente su transición.

Anuncio miles de muchachos, hermosos, gigantescos, de dulce sangre,

Anuncio una raza de ancianos espléndidos y salvajes.

Ya se apresuran y se agolpan (¡hasta luego!),

Ya se amontonan sobre mí,

Preveo demasiado, es más de lo que yo esperaba,

Siento que estoy muriéndome.

Apresúrate, garganta, canta por última vez,

Salúdame, saluda una vez más a los días. Lanza el antiguo grito una vez más.

Doy eléctricos gritos, uso la atmósfera,

Miro al azar, absorbo cada cosa que veo,

Avanzo velozmente pero me detengo un instante,

Entrego extraños y secretos mensajes,

Dejo caer en el barro chispas ardientes y semillas etéreas,

Sin saberlo, fiel a un mandato, sin atreverme a discutirlo jamás,

Que los siglos de los siglos se encarguen de la germinación de las simientes,

Promulgo las anunciadas tareas a las tropas que vuelven de la guerra,

A las mujeres dejo como herencia ciertos secretos íntimos; su afecto hace que yo me entienda mejor,

Ofrezco mis problemas a los muchachos —no me demoro—, pongo a prueba la fuerza de su cerebro,

Así paso: durante un breve tiempo soy locuaz, visible, contradictorio.

Después un eco melodioso que recogerá con pasión (la muerte me hace verdaderamente inmortal),

Lo mejor de mí quedará cuando yo no sea visible; para ese fin me he preparado sin tregua.

¿Qué más hay que me demoro y me detengo y me agazapo con la boca abierta?

¿Hay acaso un adiós definitivo?

Mis cantos han cesado, los abandono,

Desde la mampara que me ocultó, me acerco a ti, sólo a ti.

Camarada, esto no es un libro,

El que lo toca, toca a un hombre,

(¿Es de noche? ¿Estamos solos los dos?)

Me tienes a mí y yo te tengo, me sujetas y te sujeto,

Salto desde las páginas a tus brazos, la muerte me llama.

Oh, cómo me adormecen tus dedos,

Tu aliento me llega como un rocío, tu pulso arrulla el tímpano de mi oído,

Me inunda de pies a cabeza,

Es delicioso; basta.

Basta, oh acto imprevisto y secreto,

Basta, oh presente que me dejas, basta, oh tiempo rescatado.

Querido amigo, quienquiera que seas acepta este beso,

Especialmente te lo doy. No me olvides,

Me siento como aquel que ha terminado la tarea del día y se retira a descansar,

Vuelvo a recibir uno de mis innumerables tránsitos, asciendo de mis avatares; mas otros indudablemente me esperan, otros esperan por mí.

Una esfera desconocida y más real que la que soñé, más directa, arroja sobre mí dardos que me despiertan. ¡Hasta luego!

Recuerda mis palabras, tal vez yo vuelva,

Te amo, abandono lo material,

Soy como algo incorpóreo, triunfante, muerto.



WALT WHITMAN. Poeta estadounidense cuya obra afirma claramente la importancia y la unicidad de todos los seres humanos. Su valiente ruptura con la poética tradicional, tanto en el plano de los contenidos como en el del estilo, marcó un camino que siguieron posteriores generaciones de poetas de su país. Nació el 31 de mayo de 1819 cerca de Huntington (Nueva York). Fue el segundo de nueve hermanos, hijo de un carpintero. El poeta se sintió siempre muy próximo a su madre.

Cuando contaba cuatro años de edad, su familia se trasladó a Brooklyn, donde asistió a una escuela pública durante seis años, antes de trabajar como aprendiz en una imprenta. Dos años más tarde, se mudó a la ciudad de Nueva York, donde trabajó como impresor, pero regresó a Long Island en 1835 para dar clases en distintas escuelas del condado. Entre 1838 y 1839 publicó un periódico, el *Long-Islander*, en Huntington, aburrido por su estilo de vida, volvió a Nueva York y trabajó como periodista. Se convirtió en asistente asiduo de teatros y, lector omnívoro como fue siempre, de librerías. Durante esos años escribió poemas y cuentos muy poco originales para distintas publicaciones, así como discursos políticos, por los cuales los demócratas de Tammany Hall le permitieron dirigir varios periódicos de corta tirada y vida. Fue editor del famoso *Brooklyn Eagle* durante dos años, pero perdió su puesto por apoyar al partido *Free-Soil*. Tras un breve periodo en Nueva Orleans, regresó a Brooklyn, donde intentó publicar un periódico en la órbita del *Free-Soil*. Después de pasar varios años desempeñando los más diversos trabajos, incluido el de constructor inmobiliario, empezó a escribir una poesía totalmente distinta de la que se estaba escribiendo, y se dedicó por completo a tal actividad.

En 1855, Whitman publicó la primera de las innumerables ediciones de *Hojas de hierba*, un libro de poemas cuya principal novedad era un tipo de versificación no usado hasta entonces, y que se alejaba radicalmente del que el poeta había

utilizado en los poemas sentimentales que escribió en la década anterior. Puesto que en esta obra alababa el cuerpo humano y glorificaba los gozos de los sentidos, se vio obligado a sufragar él mismo los gastos de su publicación, y a colaborar en las tareas de imprenta. Su nombre no aparecía en la portada de esta edición, pero sí un retrato suyo en camiseta, con los brazos en jarras y el sombrero ladeado, en actitud desafiante. En un largo prefacio, el autor saludaba el advenimiento de una nueva literatura democrática —acorde con el pueblo—, sencilla e irreductible, escrita por un nuevo tipo de poeta afectuoso, potente y heroico, que conduciría a los lectores a través de la poesía con la fuerza de su magnética personalidad. Whitman pasó el resto de su vida intentando aproximarse a ese modelo de poeta. La edición de 1855 de *Hojas de hierba* contenía 12 poemas sin título, escritos en versos largos y cadenciosos que se asemejan a los de la Biblia del rey Jacobo. El más largo y de mayor calidad de ellos, que más tarde recibió el título de *Canto a mí mismo* (este largo poema ha sido publicado muchas veces como libro autónomo y el poeta español León Felipe lo tradujo en 1941), consistía en la visión de un “Yo” simbólico presa de una sensualidad que le hace amar a todas las gentes que se va encontrando en un imaginario vuelo desde el Atlántico hasta el Pacífico. Ninguno de los poemas de esta primera edición alcanza la intensidad de éste, a excepción de —Los dormidos—, otro vuelo visionario en el que queda simbolizada la vida, la muerte y el nuevo nacimiento.

Animado por una carta personal de felicitación que le envió el ensayista y poeta Ralph Waldo Emerson, Whitman se apresuró a preparar una nueva edición de *Hojas de hierba* (1856), que contenía numerosas revisiones y añadidos, y que fue la primera de una serie de reediciones retocadas que el poeta iría realizando a lo largo de su vida. El poema más significativo de esta edición de 1856 es *En el transbordador de Brooklyn*, en el cual el autor reúne a todos sus lectores del pasado y el futuro a bordo de un transbordador marítimo. En la tercera edición del libro (1860), se empiezan a encontrar poemas más alegóricos. Así, en *La cuna que se mece sin fin*, un poema cuya musicalidad está tomada de la ópera italiana, de la que el autor era un devoto conocedor, un pájaro (la voz de la naturaleza) revela a un niño (el futuro poeta) el significado de la muerte. En esta edición aparecieron dos nuevos ciclos de poemas, *Hijos de Adán* y *Calamus*, que afrontan de lleno los temas de la amistad y la sexualidad, hasta el punto de que se especula con la posibilidad de que *Calamus* estuviera inspirado en una relación homosexual del autor. *Redobles de tambor* (1865, añadida a la edición de 1867 de *Hojas de hierba*) refleja la preocupación del poeta por las consecuencias de la Guerra Civil estadounidense, y su esperanza de una rápida reconciliación entre Norte y Sur de los recién creados Estados Unidos. *Secuela* (1866) a *Redobles de tambor* contiene —Cuando las lilas florecían en la puerta del patio—, una gran elegía al asesinado presidente Abraham Lincoln, así

como su poema más conocido, *¡Oh, capitán, mi capitán!*. Otra obra suya, *Paso hacia la India* (1871) se basaba en una visión mística de la unión de Oriente y Occidente, paralela a la del alma con Dios, simbolizadas por los modernos medios de comunicación y transporte. En 1881 quedó, por fin, satisfecho con sus poemas, pero no dejó de publicar nuevas ediciones de *Hojas de hierba* hasta la versión final de 1892. Póstumamente, en 1897, apareció un nuevo ciclo de poemas, *Ecos de la vejez*, que entró a formar parte de la versión definitiva de *Hojas de hierba*, editada en 1965 por Harold W. Blodgett y Sculley Bradley y traducida al español por el escritor argentino Jorge Luis Borges, en 1972.

Durante la guerra de Secesión, Whitman asistió espiritualmente a soldados heridos en un hospital militar del bando nortño en la ciudad de Washington. Continuó trabajando para el gobierno hasta 1873, en que sufrió un grave ataque que le dejó como secuela una parálisis parcial. Se marchó entonces a vivir con su hermano George en Camden (Nueva Jersey), hasta 1884, año en que compró su propia casa. En ella vivió, revisando y añadiendo poemas a *Hojas de hierba*, hasta su muerte, acaecida el 26 de marzo de 1892. Durante esos sus últimos años, también escribió obras en prosa de gran calidad, como los ensayos *Perspectivas democráticas* (1871), que se consideran en la actualidad una exposición clásica de la teoría de la democracia y sus posibilidades. *Días ejemplares* (1882-1883), por otro lado, contiene antiguos textos sobre la guerra de Secesión y el asesinato del presidente Lincoln, y notas sobre la naturaleza, escritas durante su vejez.